



HISTORIA, VIAJES, CIENCIAS, ARTES, LITERATURA.



EGIPTO. — Palacio del khedive.

(Véase la página 171).

MARRUECOS,

POR

EDMUNDO DE AMICIS.

TANGER.

(CONTINUACION).

VI.

Fiestas populares en conmemoración del nacimiento de Mahoma.—Aspecto general.—Correr la pólvora.—Los jugadores de pelota.—Una danza de negros.—La danza de las espadas.—Un narrador de historias.—Músicos danzantes.—Los soldados bailadores.—El encantador de culebras.—Cuadro final.—Reflexiones.

Otro espectáculo de género muy distinto, pero mucho más agradable, tuve la fortuna de presenciar en Tánger, espectáculo para mí tanto más grato, cuanto que, si así cabe decirlo, pude disfrutarlo cuando ménos lo esperaba. Fué éste el de las fiestas celebradas en conmemoración del nacimiento de Mahoma.

Regresaba de dar un paseo á lo largo de la playa, cuando llegaron á mis oídos algunas detonaciones de arma de fuego, disparadas al parecer hacia el lado del Zoco de Barra.

Dirigíme hacia dicho punto, y debo confesar que en el primer momento no reconocí aquellos lugares. El Zoco de Barra era otro. Desde las murallas de la ciudad hasta la cumbre de las colinas, estaba completamente cubierto de una muchedumbre inmensa, vestida de blanco, por demás animada é inquieta. Quizás no pasaban los concurrentes de tres mil personas, y sin embargo habríase dicho que eran innumerables. Era esto resultado de una ilusión óptica verdaderamente singular. Sobre todas las eminencias y ribazos veíanse grupos de árabes sentados según el estilo oriental, que del mismo modo que si se hubiesen hallado en un palco, permanecían inmóviles mirando hacia la parte baja del Zoco. Aquí se veía la muchedumbre abriéndose en dos alas para dejar paso á un escuadrón de jinetes que, lanzándose á la carrera, marchaban en correcta formación disparando sus largas espingardas: allí podían distinguirse extensos círculos formados por árabes de ambos sexos, en medio de los cuales lucían sus habilidades jugadores de bolas, tiradores de espada, encantadores de serpientes, danzantes, narradores de historias, músicos y soldados. En lo más alto de la colina, debajo de una tienda cónica abierta por el lado que miraba á la ciudad, blanqueaba el enorme turbante del vice-gobernador de Tánger, que presidía la fiesta, sentado en el

suelo y rodeado de una cohorte de moros. Desde este punto se veían en la parte inferior, en medio de la muchedumbre, los soldados de la Legación, vestidos con sus riquísimos caftanes rojos; algun sombrero cilíndrico; una que otra sombrilla de consulesa, y á los pintores Ussi y Biseo con el album abierto y el lápiz entre los dedos: detrás de la muchedumbre Tánger; detrás de Tánger la inmensidad del mar. El estrépito de las descargas de fusilería, los gritos de los jinetes, el campanilleo de los aguadores, las regocijadas voces de las mujeres y los sonos de los pífanos, de las trompas y de los tambores, formaban una inaudita batahola, que contribuía á dar color más característico á aquel espectáculo salvaje, iluminado por los deslumbrantes rayos del sol de medio día.

La curiosidad me llamaba á la vez á diez lugares distintos; pero un grito de admiración salido de un grupo de mujeres, hizo que me decidiera por los jinetes. Eran estos doce soldados de elevada estatura, con el fez terminado en punta, la capa blanca, el caftán naran-

jado, rojo y azul, distinguiéndose entre ellos un jóven vestido con femenil elegancia, hijo del gobernador del Riff. Alineábanse cabe la muralla de la ciudad, con el frente hacia la campiña, y en el instante en que el hijo del gobernador, situado en el centro, levantaba la mano, partían juntos á todo el correr de sus corceles.



Jinetes corriendo la pólvora.

En los primeros momentos podía notarse alguna vacilación y cierto desorden; mas poco tiempo después aquellos doce caballos, estrechados el uno contra el otro, desenfrenados, rozando el suelo con el vientre, no formaban más que un solo cuerpo, un monstruo furioso de doce cabezas y de cien colores que devoraba el espacio. En semejante situación los jinetes clavados en la silla, alta la frente, suelto al aire el ligero alquicel, levantaban las espingardas sobre la cabeza, apretábanlas contra la espalda por medio de un movimiento convulsivo, disparaban todos á la vez, lanzando al par un grito de triunfo y de coraje, y desaparecían detrás de una nube de polvo y de humo. Al cabo de un rato volvían al punto de partida, lentamente, en desorden, los caballos cubiertos de sudor y brotando sangre de sus ijares; los jinetes con aspecto fatigado pero soberbio, y pasados breves instantes volvían á empezar. A cada nueva descarga las mujeres árabes, como las damas del torneo, saludaban al escuadrón con una gritería especial, que es una repetición rapidísima del monosílabo: *Ju*. semejante á un trino agudo de alegría infantil.

De allí pasé al juego de pelota. Ocupábanse en él unos quince árabes, mozos, hombres hechos y ancianos con la barba blanca; algunos con la espingarda en bandole-

ra, otros con la gumia pendiente, y jugaban con una pelota de cuero del tamaño de una naranja. Cojía uno, dejábala caer, y de un puntapié la tiraba al aire: los



demás corrían para cogerla ántes que tocara al suelo: el que la atrapaba hacia lo que el primero, y de esta suerte el grupo de los jugadores, siguiendo la pelota, alejábanse poco á poco, hasta tanto que de comun acuerdo volvían al punto de partida. Pero lo singular de este juego estaba en los movimientos de los que en él tomaban parte. Consistían aquellos en pasos de baile, gestos acompasados, expresiones mímicas, un ademan casi ceremonioso, una especie de contradanza, algo severo y muelle al par, y una correspondencia perfecta de movimientos y vueltas en aquel ir y volver, sujeto todo indudablemente á reglas fijas, cuya ley, sin embargo, por más que hice, me fué imposible descubrir. Corrían y saltaban todos á la vez en un espacio sumamente reducido; se estrechaban, se confundían, y sin embargo nunca resultaba el más pequeño desarreglo ni la más insignificante perturbacion. La pelota se elevaba, desaparecía, daba vueltas por entre aquellas piernas y por encima de aquellas cabezas cual si no la tocara mano alguna, y cediera solamente al impulso de vientos encontrados. Y á todo esto no se oía una sola palabra, ni un grito, ni siquiera se veía una sonrisa: viejos y mozos permanecían igualmente serios y silenciosos, puestos en el juego sus cinco sentidos, cual si se tratara de una tarea formal que cumplieran por deber; y sólo se oía el respirar pesado y fatigoso, y el ruido resultante del roce de las babuchas contra el suelo.

A muy pocos pasos, y en el centro de otro círculo de espectadores, bailaban unos negros al son de un pífano



y un tamboril de forma cónica, batido por medio de un pedazo de madera retorcido en forma de media luna. Eran ocho hombrones negros y lustrosos como el ébano,

sin más arreo que una camisa blanca ceñida por medio de un cordón verde. Los siete formaban círculo dándose las manos, y el octavo ocupaba el centro: todos bailaban á la vez, ó mejor seguían el compás de la música, sin cambiar casi de sitio, con un movimiento de caderas imposible de describir, que me comunicaba un fuerte prurito en las puntas de los pies, y con la sonrisa de sátiros y la expresión de beatitud estúpida y de voluptuosidad bestial que caracterizan á la raza negra. En tanto que contemplaba esta escena, dos muchachos de unos diez años, que se hallaban entre los espectadores, me ofrecieron una muestra de la ferocidad de la sangre árabe, que no olvidaré en mis días. De repente, ignoro el motivo, se arrojaron el uno contra el otro, se entrelazaron como dos tigres, y empezaron á destrozarse la cara y el cuello á bocados y arañazos con una furia que causaba horror. Dos hombres robustos, empleando toda su fuerza, consiguieron separarlos con gran trabajo, completamente ensangrentados, y aun así debieron sujetarlos durante largo espacio para que no comenzaran de nuevo.

Los espadachines ó jugadores de espadas hacían reír. Eran cuatro y tiraban dos á dos con palos. Es imposible referir las extravagancias y majaderías de aquella escuela; y la llamo así, porque en otra ciudad de Marruecos vi más tarde que tiraban del propio modo. Era aquello una mezcla informe de movimientos de funámbulo, saltos infinitos, contorsiones, pernadas y golpes indicados con un minuto de anticipación por medio de un movimiento giratorio del brazo; pero todo esto ejecutado con una flemma extraordinaria, que habría dado lugar al ménos ágil de nuestros tiradores para propinar una buena mano de leña á los cuatro, sin temor de que le alcanzara á él un solo varapalo. Sin embargo los espectadores árabes estaban contemplando con un palmo de boca abierta, y muchos de ellos me miraban de cuando en cuando, cual si trataran de sorprender en mis ojos la expresión de la más profunda sorpresa. Yo, para complacerles, fingíme maravillado y sorprendido de tanta destreza y habilidad, con lo cual algunos se separaron á fin de que pudiera contemplar el juego más á mis anchas. Resultado de esto fué que al cabo de breve tiempo encontréme rodeado y oprimido por una verdadera muralla de árabes, hasta el punto de ver satisfechos mis vehementes deseos de estudiar un poco aquellas gentes, en su olor, en el movimiento apenas perceptible de las ventanas de su nariz, de sus labios y de sus párpados, en las contracciones del cutis, en una palabra, en todo aquello que escapa á la observación fugaz, y que sirve sin embargo para darse cuenta de muchas cosas. Un soldado de la Legación italiana, que me vió de lejos en medio de aquellas apreturas, presumiendo que me hallaba en semejante situación contra mi gusto, vino á sacarme de ella á pesar mío, repartiendo gumiazos y puñadas á diestro y siniestro.

El círculo del narrador de historias era el más reducido pero al propio tiempo el más bello. Llegué á él en el preciso instante en que, terminada la plegaria inaugural de costumbre, comenzaba la narración.

Era un hombre de unos cincuenta años, casi negro, y con una barba negrísima, y dos ojos saltones y brillantes. Como todos los narradores de Marruecos, cubríase con un amplísimo manto blanco ceñido en torno á la cabeza por medio de una cuerda hecha de pelo de camello, lo cual le daba toda la gravedad propia de un sacerdote antiguo. Hablaba en voz alta y pausada, puesto de pié en medio del círculo de los oyentes, y acompañaban sus palabras dos tañedores de clarín y tambor que sonaban piano, piano, pianísimo. Refería tal vez una historia de amores, las aventuras de algun bandido famoso, las

de un sultan afortunado, qué sé yo lo que contaba, pues lo cierto es que no comprendí ni una sola palabra; mas sus ademanes eran tan precisos, tan expresiva su voz, tan elocuente su rostro, que de cuando en cuando se me alcanzaba alguna cosa del sentido. Figúraseme que refería algo en que entraba la narración de un largo viaje, pues imitaba el paso de un caballo abrumado por el cansancio; indicaba horizontes inmensos, buscaba á su alrededor un manantial donde apagar la sed, y dejaba caer los brazos y la cabeza como hombre que siente agotadas sus fuerzas. Despues, de repente, descubría muy léjos algo que llamaba su atencion, vacilaba, al par creía y no creía lo que estaba viendo, al fin llegaba á convencerse de la realidad, y entónces se reanimaba, apresuraba el paso; alcanzaba el lugar apetecido, daba gracias al cielo, y se echaba al suelo, respirando satisfecho y riendo de placer, bajo la deliciosa sombra de un oasis que nunca esperara descubrir. El auditorio le escuchaba sin pestañear, inmóvil, dejando ver en la expresion del rostro el efecto que en su ánimo produjera cada una de las palabras del narrador. Tal cual en aquel instantese encontraba concentrada en los ojos su vida toda, podían adivinarse claramente la ingenuidad y ternura de sus sentimientos, ocultos bajo la apariencia de una rudeza salvaje. El narrador caminaba dirigiéndose ora á la derecha ora á la izquierda, se adelantaba con decision, retrocedía horrorizado, se cubría el rostro con ambas manos, elevaba los brazos al cielo, y paulatinamente íbase exaltando, y levantaba la voz; los músicos soplaban y sonaban con más fuerza, los oyentes se estrechaban con la mayor ansiedad, hasta que terminando la narración con un grito intenso, los instrumentos fueron lanzados al aire, y los circunstantes, hondamente impresionados, se dispersaron para ceder el lugar á un nuevo auditorio.

En otro círculo, mucho mayor que los demás, veíanse tres músicos cuyas figuras, música y movimientos produjeron en mi ánimo una impresion singular. Los tres eran zambos, de extraordinaria talla y encorvados de los pies á la cabeza como las grotescas figurillas con que en los periódicos ilustrados suele representarse la C mayúscula. De ellos el uno tañía el pífano, el otro una pandeleta y el tercero un instrumento indefinible, una especie de clarinete, combinado no sé de qué manera con dos trompas de caza divergentes que producían un sonido jamás escuchado (1). Dichos músicos, envueltos en unos cuantos andrajos, manteníanse estrechados el uno contra el otro, cual si hubiesen estado atados, y sonando continua y desesperadamente el mismo motivo, el único que tocaban acaso hacia cincuenta años, daban vueltas en derredor. No sé de qué manera se movían; era aquello algo que participaba de danza y andanza, una especie de pasos semejante á los de la gallina que vá picoteando, una especie de frotamiento de hombros, llevado á cabo por los tres con una simultaneidad maquinal, y tan lejana de algo que tuviera punto de semejanza con nuestros

(1) Una especie de gaita.

movimientos, tan nuevo, tan bizarro, que cuanto más lo observaba, tanto más me daba en que pensar; pues parecía como que expresara una idea, ó tuviese su razón de ser en alguna propiedad característica del pueblo árabe, presuncion que abrigo aun, siempre que de ello me acuerdo. Aquellos desgraciados inundados de sudor, tocaban y se movían hacia más de una hora, con una seriedad inalterable, en tanto que los contemplaban algunos centenares de personas apiñadas é inmóviles, con el sol en los ojos, sin dar señales ni de fastidio ni de satisfaccion.



Los soldados bailarores.

El círculo en que se metía más bulla era aquel en que estaban los soldados. Eran doce entre jóvenes y ancianos: unos con alquicel blanco, otros con sola la túnica, éste con fez, aquel con capucha, armados con fusiles de chispa, largos como lanzas (espingardas), en los cuales introducían la pólvora á granel, segun costumbre del país; pues en Marruecos no se conocen los cartuchos. Uno más anciano, que demostraba tener cierta superioridad, dirigía el espectáculo, que consistía en

colocarse seis á cada lado, en frente unos de otros, hasta que en un momento dado y obedeciendo á cierta señal, cambiaban rápidamente de sitio, é hincaban una rodilla en el suelo. En semejante situacion uno de ellos cantaba no sé qué cosa con voz agudísima, y de falsete, adornándola con trinos y gorjeos, que duraban algunos minutos, en tanto que los demás escuchaban con la mayor atencion y profundísimo silencio. Despues, de repente, se ponían en pié, describían alguna vuelta en derredor, y dando un gran salto, que acompañaban con un grito de júbilo muy agudo, volvían las espingardas y disparaban contra el suelo. Es imposible imaginar la rapidez, la furia, y cuanto habia de locamente festivo y de diabólicamente simpático en aquella danza fulgurante y estrepitosa, que se contemplaba al través de una nube de polvo dorado por los rayos del sol. Entre los espectadores á pocos pasos del lugar en donde me hallaba, veíase una



El encantador de culebras.

arabita de diez ó doce años, no velada aun, una de las caritas más lindas que hasta entónces habia visto en Tánger, de un moreno pálido delicadísimo, que con sus hermosos ojazos, llena de admiracion, contemplaba el espectáculo,—para ella mucho más maravilloso que la danza de los soldados,—que yo le ofrecí, quitándome los guantes, esta segunda piel de las manos, como dicen

los muchachos árabes, que los cristianos se quitan y ponen cuando se les antoja, sin causarse daño alguno.

Estaba indeciso respecto de si iría ó no á contemplar al encantador de culebras; pero al fin venció la curiosidad. Estos llamados encantadores pertenecen á la hermandad de los Aissaua, y segun dicen, tienen de su patron Ben-Aissa, el privilegio de poder desafiar impunemente la mordedura de cualquier animal venenoso. La verdad es que muchos viajeros, dignos de fe, aseguran haber presenciado el espectáculo ofrecido por varios de esos encantadores, de hacerse morder hasta saltar la sangre, sin experimentar efecto alguno, por culebras cuyo violento veneno se probó pocos momentos despues en animales que resultaron víctimas de la mordedura, añadiendo que no habian logrado descubrir los medios de que echaban mano aquellos charlatanes para ponerse á cubierto del terrible efecto de la ponzoña. El Aissaua que yo vi, ofrecia un espectáculo horroroso, pero incruento. Era un árabe menudito, membrudo, de mirada atravesada, cara de verdugo, melenudo como un rey merovingio y vestido con una especie de camisa azulada que le cubria hasta los piés. Cuando me acerqué, saltaba en derredor de una piel de cabra extendida sobre el suelo, por uno de cuyos extremos asomaba la boca de un saco, en cuyo interior hallábanse guardadas las culebras. Al par que iba dando saltitos, entonaba una can-

cion melancólica, que acompañaba el son de una flauta, cancion que debia ser una invocacion á su santo patrono. Terminado el canto, estuvo charlando y gesticulando durante mucho tiempo para que le echaran algunas monedas: despues se arrodilló delante de la piel de

cabra, introdujo la mano en el saco, y con grandes precauciones extrajo de él un culebron enorme y lleno de vida que puso de manifesto á los circuns- tantes. Despues comen- zó á jugar con él cual si hubiese sido un peda- zo de sogá: agarrólo por el cuello, suspendiólo por la cola, se lo ciñó en derredor de la frente, metióselo en el seno, lo hizo pasar en torno del aro de un tamboril, lo arrojó al suelo, lo pisoteó y lo apretó colo- cándoselo debajo del sobaco. El repugnante animal erguia la aplastada ca- beza, afilaba el aguijon, se retorcia en aquellos sus movi- mientos fle- xibles, re- pulsivos, abyectos, que parecen la viva ex- presion de



Festejos en conmemoracion del nacimiento de Mahoma.

una villana perfidia, y lanzaba de sus ojillos peque- ñísimos, toda la rabia que existia en su cuerpo; pero no me acuerdo que mordiera una sola vez la mano que lo aprisionaba. Cuando estuvo cansado de los ejer- cicios precedentes, el Aissaua agarró la serpiente por el gatzate, introdujole en la boca un hierrecillo que le impedía cerrarla, y en semejante disposicion la puso de manifesto á los espectadores más próximos para que pudieran examinar los dientes, exámen por demás ocio- so, toda vez que el virus ponzoñoso existia, por lo mismo

que no había habido mordedura. Después de esto agarró el animal con ambas manos, introdújese en la boca la cola del mismo, y comenzó á mover las mandíbulas: el reptil se retorcia furiosamente, y yo me alejé horrorizado de aquel sitio.

En aquel momento apareció en el Zoco nuestro encargado de negocios, y como se hubiese apercebido de ello el vice-gobernador desde lo alto de la colina, corrió á su encuentro y lo condujo á su tienda, en la cual nos hallamos reunidos al cabo de breve rato todos los individuos de la futura caravana. Con este motivo acudieron á las cercanías de aquella músicos y soldados en gran número, formándose ante la puerta un grandísimo semicírculo de árabes, los hombres en la parte más próxima, y detrás, en grupos, las mujeres, comenzando un concierto infernal de danzas, cantares, gritos y descargas, que duró más de una hora, en medio de una densa nube de humo, al compás de una música endiablada y de los estridentes chillidos de entusiasmo de mujeres y muchachos, y con gran satisfacción del vice-gobernador é indecible placer de los espectadores, entre los cuales nos contábamos. Antes de terminar, el encargado de negocios, dió no sé qué, amarillo como el oro, á un soldado, para que éste lo entregara al director del espectáculo. El soldado volvió al cabo de un rato, y repitió las gracias que diera aquel, expresadas en las siguientes palabras que tradujo al español: «El embajador de Italia ha hecho una buena acción: bendiga Alá cada uno de los pelos de su barba.»

La fiesta continuó hasta después del ocaso. ¡Extraña fiesta! Tres vendedores de agua fresca bastaban á satisfacer las necesidades de toda aquella muchedumbre que durante medio día permaneció inmóvil bajo los abrasadores rayos del sol de África. El valor de un merengue era tal vez el dispendio más grande que se permitían aquellas gentes: su deseo más vivo, su placer más intenso consistían en ver y oír. ¡Ni un escándalo amoroso, ni un beodo, ni un navajazo! ¡Nada, absolutamente nada que tuviera punto de semejanza con las fiestas populares de los países civilizados!

Traducido del italiano por
CAYETANO VIDAL DE VALENCIANO.

(Continuará).

ARMONÍAS DEL SONIDO.

HISTORIA DE LOS INSTRUMENTOS MUSICALES,
POR

J. RAMBOSSON.

PRIMERA PARTE.

CAPÍTULO II.

INFLUENCIA GENERAL DE LA MÚSICA.

(CONTINUACION).

VI.

La Sagrada Escritura se ocupa de música en diversos pasajes, comprobando su importancia en la historia del pueblo de Israel. En cierta ocasión, hallándose poseído el profeta Eliseo de santa cólera contra el rey, llamó á un tocador de arpa para entrar en calma y restituirle en el don de profecía. «Traedme, dijo, un tañedor de arpa, y la mano del Señor vino sobre él (1).»

Es evidente el partido que pudiera sacarse de la música para la tranquilidad del ánimo, y á este propósito dice oportunamente el P. Gratry:

«El descanso es hermano del silencio; la falta del uno es como la falta del otro. Cuando falta el descanso, sobreviene la esterilidad, aun más que si faltara el trabajo. Sólo conozco un medio de verdadero descanso, del cual hayamos conservado el uso, y más aun el abuso: me refiero á la música. Nada proporciona mejor descanso que la música verdadera. El ritmo musical regulariza el movimiento de nuestro organismo, y obra en el ánimo y en el corazón el mismo efecto que obra el sueño sobre el cuerpo, restableciendo en la plenitud de la calma el ritmo de los latidos del corazón, de la circulación de la sangre y de las aspiraciones torácicas. La verdadera música es hermana de la oración, como lo es de la poesía. Bajo su influencia se produce el recogimiento del ánimo, y elevando el alma á su origen, la devuelve la sávia de los sentimientos, de la ilustración y del valor, porque, como la oración y la poesía, con las cuales se confunde, nos eleva á las regiones celestiales, lugar del eterno descanso. Á pesar de lo cual, hemos encontrado el medio de despojar casi siempre á la música de su carácter sagrado, ó sea su acepción cordial é inteligente, para convertirla en un ejercicio de destreza, un prodigio de velocidad y un brillante ruido, incapaz de calmar los nervios, cuanto menos el alma (1).»

Añadiremos que conviene disponerse á escuchar la música y á experimentar su influjo benéfico, pues un mismo motivo puede producir efectos diversos, según la disposición de nuestro ánimo, asunto que trataremos más extensamente en el capítulo IV, primera parte.

III.

Vamos á reproducir los pasajes de una oda célebre, en que resultan las diversas influencias atribuidas en todo tiempo á la música.

Hay que advertir precisamente que son dos los Timoteos célebres en la historia de la música antigua. No hay que confundir, pues, al uno con el otro: Timoteo, de Mileto, á la vez distinguido poeta y músico, contemporáneo de Eurípides y á quien los lacedemonios arrojaron de la ciudad porque había añadido cuerdas á la lira; y Timoteo, de Tébas, algo posterior, gran tocador de flauta, cuyas melodías, al decir de Suidas, causaban tal efecto en Alejandro que, al oírlas, corría involuntariamente á empuñar las armas; á lo cual añaden algunos que valiéndose del mismo medio, conseguía Timoteo calmar el bélico humor de ese príncipe. Esta historia, más ó menos verdad, de Alejandro, excitado ó calmado por los sonidos de una flauta, inspiró al poeta inglés Dryden, autor de la oda á que antes nos hemos referido, con motivo de la fiesta de santa Cecilia, la idea de atribuir á los cantos de Timoteo el incendio de Persépolis.

Con motivo de esta poesía, dice Lamartine: «Esa omnipotente influencia de la música sobre los sentidos y el alma, ha sido celebrada por el poeta inglés Dryden, en la más bella oda (según Walter Scott, biógrafo de Dryden) que se haya escrito por hombre alguno desde los tiempos de Píndaro y de Horacio. Dryden figura en esa oda que Timoteo, el más famoso músico y compositor griego, es llamado para recrear los oídos de Alejandro Magno y de sus compañeros en la guerra de Persépolis. La oda se halla dedicada á santa Cecilia, la gran profesora cristiana de música sagrada (2).»

Hé aquí las principales estrofas de ese célebre canto: «Tenía lugar el festín real en celebridad de la con-

(1) *Los Reyes*, lib. II, cap. III.

(1) *Los Orígenes*, parte 1.^a, cap. III.

(2) *Curso familiar de literatura*, conferencia 29.

quista de Persia por el belicoso hijo de Filipo. Sentado se hallaba en su trono imperial, con imponente majestad, el héroe, parecido á un dios; en torno de él hallábanse sus bravos camaradas, ceñida la frente de mirtos y de rosas, cual debe coronarse el heroísmo. Sentábase á su lado la encantadora Tais, bella como una desposada de Oriente, en la orgullosa plenitud de su juventud y hermosura.

»Situado Timoteo en el centro del armonioso coro, pulsa la lira con sus ágiles dedos; las notas temblorosas del instrumento suben hasta el Olimpo, inspirando celestiales alegrías.

»La multitud de oyentes aplaude el orgulloso canto y bajo las deslumbrantes bóvedas proclama al dios presente. El monarca escucha la música con oído complacido, adapta la actitud de un dios, y sus movimientos de cabeza parecen conmover el mundo.

»El melodioso músico canta en seguida á Baco, á Baco siempre joven, siempre hermoso. ¡Ved como viene triunfante el dios de la alegría! ¡Tocad las trompetas, resonad, tambores!

»Bajo la influencia de este canto, los impulsos de la vanidad se agolpan al pensamiento del monarca, que se figura librar nuevamente todas sus batallas. ¡Tres veces derrota á sus enemigos, tres veces reta á los muertos!... Apercébese el cantor de la demencia guerrera que revela el semblante de Alejandro; contempla sus encendidas mejillas y su mirada ardiente, y cambiando de entonación, aplaca el orgullo del héroe que desafía á tierra y cielo.

»Invoca á una musa quejumbrosa, inspiradora de la piedad más tierna. Extinguido el fuego de su mirada, escucha el vencedor el nuevo canto y reflexiona acerca los vaivenes de la fortuna. De cuando en cuando exhala un suspiro y las lágrimas surcan su mejilla.

»El músico sonríe: está convencido de la facilidad con que se produce el sentimiento del amor; todo se reduce á producir una nota simpática, puesto que al amor predispone la piedad. Entona una melodía de estilo lidio y prepara el ánimo para las placenteras emociones.

»Prorrumpe la multitud en entusiastas aclamaciones y el amor es coronado; pero de la música es realmente el triunfo...

»¡Pulsa, pulsa nuevamente la lira de oro! ¡Púlsala fuerte! ¡más fuerte aun! ¡Haz que salte hecha pedazos

la cadena que retiene dormido á Alejandro, y despiértale como pudiera el estrépito del rayo!... Ve como al oír el formidable estrépito, levanta el héroe la cabeza, cual si se alzara de la tumba, y con sorpresa contempla á su alrededor... Aplauden los príncipes furiosamente; arrebatado el rey por un destructor celo, empuña una antorcha, y guiado por Tais, segunda Elena que muestra el camino, incendia la nueva Troya.

»De esta suerte, en lejanos tiempos, ántes del invento del clarín de robustos pulmones, cuando aun permanecía mudo el órgano, Timoteo, con el simple auxilio de la flauta y de la lira sonora, supo promover la ternura ó la cólera en el ánimo de los hombres. Apareció, por fin, la divina Cecilia, que inventó el armonioso instrumento, dilató los exiguos dominios de la música y prolongó los sonidos graves con un arte hasta entonces desconocido. Cédela Timoteo el triunfo, ó más bien parte con ella la corona del vencedor, por cuanto si aquel supo elevar á un simple mortal hasta los cielos, ella hizo descender la voz del cielo hasta la tierra.»

Por muy exagerada que haya resultado la verdad en esta oda, no por esto resalta ménos en ella la opinión general acerca la influencia de la música.

VIII.

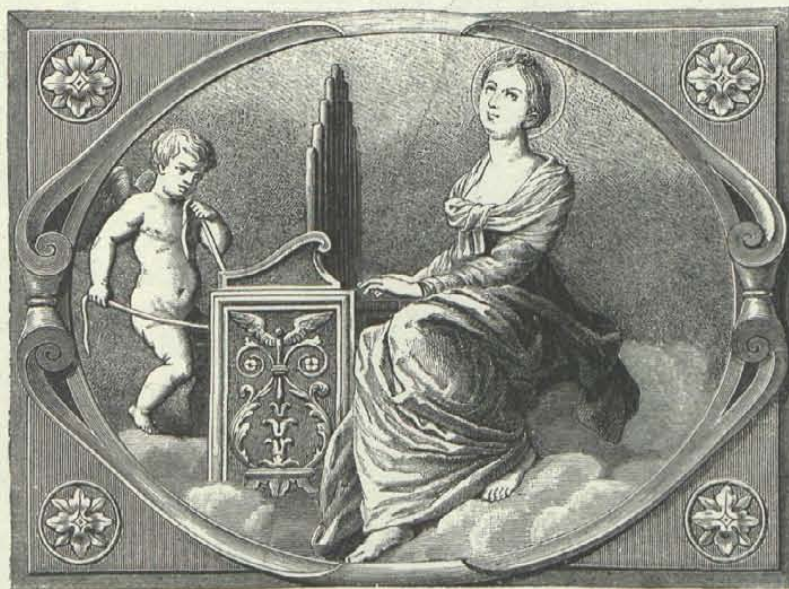
En este punto se halla perfectamente en su lugar cierto hecho referente á la célebre Hypatia, hija de Theon el geómetra, natural de Alejandría, cuyo genio y virtud resplandecieron en el siglo IV ántes de nuestra era. «Concedora de la astronomía, más aun de lo que permiten las conveniencias de su sexo, dice Chateaubriand, frecuentaba las cátedras y profesaba la ciencia de Aristóteles y Platon: apellidábanla *la filósofa*. Tributáronla honores los magis-

trados, y diariamente se agolpaban á la puerta de su casa multitud de personas, á pié ó á caballo, ganosas de verla y escucharla. La admiración que inspiraba no excluía ciertamente un sentimiento más tierno. Uno de sus discípulos se enamoró de ella perdidamente: Hypatia se valió de la música para curar al enfermo, utilizando los efectos de la armonía para devolver la calma al corazón que ella había perturbado.»

Traducido del francés por
MANUEL ANGELON.



Músicos extranjeros viajando por Egipto (según las pinturas del sepulcro de Nevôth).



Santa Cecilia, patrona de los músicos (según el Dominiquino).

(Continuará).

EGIPTO

EN IMAGEN Y EN PALABRA,

POR

JORGE EBERS.

ALEJANDRÍA MODERNA

(CONTINUACION).

Said-Bajá residió mucho tiempo en Alejandría, á la cual trató con especial predilección, ya en tiempo de su padre, cuando no era más que almirante de la escuadra egipcia. En su castillo de Gabari, rodeado de jardines, y que está ya en completa decadencia, en la parte más occidental de la ciudad, sobre el terreno de la antigua Necrópolis, donde se dan ahora corridas de caballos al estilo europeo, solía este príncipe pródigo, pero no escaso de talento, presenciar los ejercicios de sus tropas. Todavía existen los vestigios del Podium de hierro (1) que él mandó restaurar, para poder contemplar desde allí, sin ser molestado por el polvo, la parada de las tropas. Mandó también enlazar con Alejandría su palacio de verano nombrado *Marjut* por medio de un ferro-carril, por el cual se llevaba á las tropas acampadas á su vista todo cuanto podían necesitar. También mandó llevar un tran-via de cinco kilómetros dentro del desierto, camino que no tuvo aplicación. En medio de estas y otras locuras parecidas, era el caprichoso pródigo, á quien su excelente ayo König-Bey había instruido en la cultura europea y en sus nobles sentimientos, muy accesible á las grandes ideas; y la historia no echará en olvido que él fué quien permitió al grandioso proyecto del señor

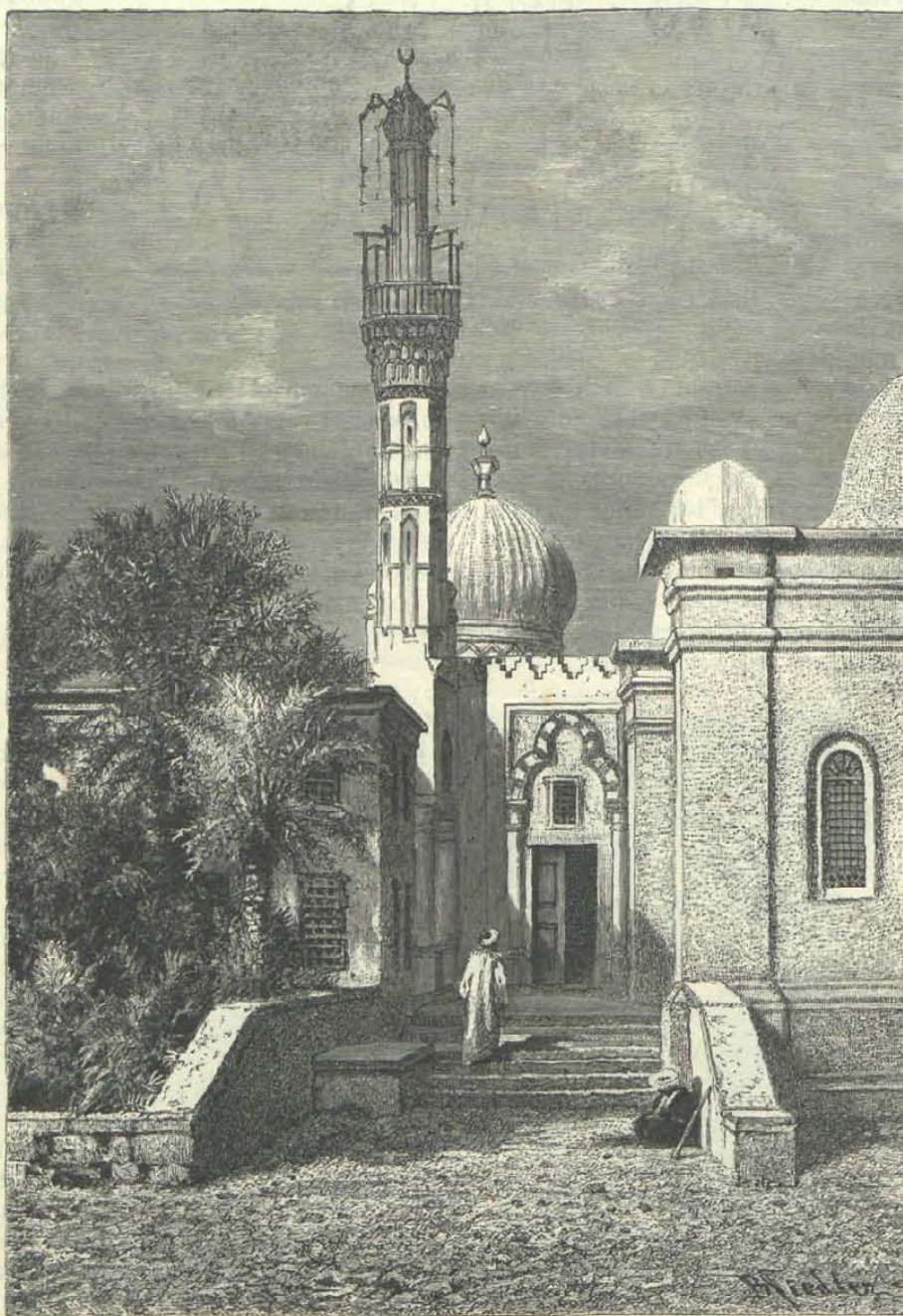
Lesseps taladrar la lengua de tierra de Suez y enlazar el mar Rojo con el Mediterráneo, y facilitó al entusiasta y perseverante francés los medios necesarios para llevar á cabo su grandísima idea. No le fué concedido vivir para ver terminada esta colosal empresa, la cual había de tener grandísima importancia para el comercio alejandrino. En el mes de enero de 1863 falleció, después de una dolorosa enfermedad, y sus restos fueron enterrados en una pequeña mezquita de Alejandría. Sólo unos pocos de sus leales visitan hoy día el modesto mausoleo del ilustre difunto, cuyos parientes más cercanos, de resultados del desgraciado orden de sucesión entonces establecido (si bien caducó después), no poseían ningún derecho al vireinato. El sucesor de Said es hijo de Ismail-Bajá, el gran vencedor de Nisibi, y nieto de Mohamed-Alí.

El título de khedive le fué reconocido al actual soberano del valle del Nilo por la Puerta Otomana en el año 1867.

Nos serviremos de este honroso nombre turco, el cual viene á significar lo mismo que virey entre nosotros, todas las veces que tengamos que citar á este hombre, cuya cordura, aplicación, energía y ánimo despreocupado, han levantado de un modo tan asombroso el poder exterior de Egipto y la prosperidad de este país. En otro capítulo entraremos más de lleno en el carácter y en la actividad del khedive, y manifestaremos las monstruosas dificultades que se le opusieron en

la ejecución de la grandiosa obra de educación y de reforma, obra que, si no decae su fuerza, y le dejan libre la mano extrañas influencias, conducirá, no al término, pero sí á un resultado que prometerá mucho para el porvenir. Lo que es aquí, sólo se trata de pintar brevemente lo que Alejandría le debe.

Bien sabido es que fué el khedive quien decidió el taladramiento de la lengua de tierra de Suez y llamó la atención de todo el mundo con la brillante y solemne



Mezquita de Said-Bajá.

(1) Puesto para los cónsules y emperadores, situado en una elevación.

(N. del T.)



JÓVEN DESCENDIENTE DEL PROFETA.

fiesta inaugural del canal á la terminacion de una empresa que favorece, no ya á ningún pueblo particular, sino á todas las naciones comerciales de la tierra. Tan pronto como hubieron pasado el canal los primeros botes, fueron llamadas á la vida nuevas compañías de navegacion, y hoy dia mantienen un comercio regular con Alejandría líneas de vapores austriacas é italianas, inglesas y francesas, rusas y turcas. De año en año ha ido subiendo más el número de las embarcaciones que han entrado en el antiguo puerto de Eunostos (1); y el khedive trataba de hacerle el primero en todas direcciones, no sólo del Mediterráneo, sino también del mundo.

En Meks, al suroeste de la ciudad, se encuentran los talleres en los cuales se construyen artificialmente á miles bloques de piedra, al paso que se sacan otros de las canteras de las riberas peñascosas. El espigon que se encuentra enfrente de la punta occidental, y que se extiende un trecho de más de tres kilómetros hacia Meks en ángulos obtusos, es una obra que, en punto á grandiosidad, sólo es sobrepujada por muy pocas del tiempo de los Faraones, y en cuya construccion se han empleado muchos millones de quintales de piedras artificiales y naturales. Otro segundo espigon de cerca de un kilómetro de largo que enlaza con la escollera la antigua arena de las corridas de caballos, y los nuevos muelles al lado oc-

cidental del antiguo Heptastadion, lado oriental del puerto, dan al último una extension y seguridad que apenas tuvo en tiempo de los Tolomeos.

Mucho se ha hablado en Europa de las monstruosas sumas que con oriental incuria y amor al fausto se han malgastado en el último decenio por el gobierno egipcio; pero apenas se ha dicho nada de los millones y más millones que se emplearon en grandes empresas agrícolas, las que, al igual de las bellotas, no dan fruto sino despues de algunas generaciones, pero que ya desde ahora antes que á otras ciudades de Egipto, están favoreciendo á Alejandría.

Allí cargan actualmente las embarcaciones de todas las naciones en un puerto protegido contra todo temporal por poderosas obras, y de enemigos exteriores por sólidas fortalezas, en el cual pueden fondear las mayores escuadras; allí desembocan los ferro-carriles que enlazan la ciudad en línea recta con el Cairo, Suez y Roseta, y los alambres telegráficos que la unen con la mayor parte de la tierra, y hasta con el interior de África.

Un grandioso acueducto distribuye el agua por las casas de los vecinos, y un sistema muy extendido y de muchísimas ramas de tubos de gas lo lleva hasta las calles más lejanas de la ciudad y asegura el alumbrado de la noche. Sólo en las calles más estrechas del cuartel árabe ha dejado de encontrar hospedaje la clara luz de Europa, la cual, cuando aquí se introdujo, aterrorizó á los hijos de la tierra que lo consideraban como invento del diablo. Las vias principales del comercio están todas empedradas y con aceras. También ha favorecido á Alejandría la plantacion de árboles que al parecer heredó el khedive de su abuelo Mohamed-Alí, y una oficina especial de sanidad cuida con mucha vigilancia de la salud pública de la ciudad que de nuevo está floreciendo.

Muchos hospitales están debiendo su fundacion, no sólo á la beneficencia de la religion cristiana, sino también á la de la mahometana. En la egipcia

reina la ley del orden más rígido introducido por el occidente, orden que logra decuplicar el valor de las dádivas de las personas caritativas. En los hospitales alejandrinos se ven en continuo movimiento médicos de todas las confesiones, y el que recorra la ciudad, junto á la media luna de las mezquitas ve alzarse la cruz de las iglesias y capillas cristianas. Coptos y griegos de ambas confesiones, católicos romanos, protestantes, comunidades anglicanas y presbiterianas, tienen aquí sus templos; y sin que los molesten los mahometanos, cuyas mezquitas, en Alejandría, no ofrecen casi nada que llame la atencion, se entregan los judíos tranquilamente á la práctica de sus minuciosas ceremonias.

No puede ciertamente negarse á los sucesores de



Sais el andarin.—(Véase la página 141).

(1) Eunostos, palabra griega que significa: bienvenido á tu feliz vuelta.

Mohamed-Alí la gloria de que, no sólo no lesionan los derechos de los colonistas de otras creencias, sino que les favorecieron además con dones que les hicieron de solares para levantar sus iglesias. A los cristianos católico-romanos les regaló Alí-Mohamed solares de considerable extensión á orillas del llamado *Puerto Nuevo*, donde no entran ya embarcaciones pequeñas; en el solar del antiguo Bruchium regaló Said-Bajá otra pieza para una capilla protestante, donde predica un clérigo alemán, pastor de una comunidad alemana evangélica. Para los protestantes no alemanes que no pertenecen á ninguna de las sectas inglesas, se predica también aquí en lengua francesa. En el cumpleaños del emperador Guillermo, en 1866, fué consagrado aquel templo, á cuyo restablecimiento contribuyeron liberalmente, no sólo el entonces rey, sino también el mismo khedive. El difunto Erbkam, bien conocido de todos los inteligentes en el antiguo arte egipcio, fué quien levantó el plano de aquella pequeña iglesia en estilo románico. M. Lutke, autor de la obra intitulada *Los tiempos modernos de Egipto*, como primer pastor que fué de la misma, dió pruebas de inteligencia y eficacia en su terminación. Esta capilla fué visitada en 1869 por el príncipe imperial de Alemania, que en aquel tiempo era príncipe real de Prusia.

Según hemos visto, han encontrado pueblos de todas las confesiones una patria en Alejandría, donde se mueven y obran libremente en el terreno religioso, así como en el de la vida material, la cual, nos es doloroso decirlo, embarga casi todas las fuerzas de los colonistas, como embarga también las de los naturales del país. El vivir por una idea, el luchar para perfeccionar el espíritu, el cariño á la ciencia y al arte que ennoblece á la antigua Alejandría, no han podido celebrar la resurrección de la gran ciudad del mundo; y con todo, nos alienta el notar que muchas de las relaciones de la actual Alejandría son casi las mismas que en otros tiempos distinguían á la antigua; ya que ésta, en medio de los egipcios, siguió siendo una ciudad griega: no es, pues, extraño que la actual haya conservado poquísimo del sello mahometano, sello que se hace muy reparable en todo lo restante del valle del Nilo; y bien así como dos milenios atrás, la Alejandría de nuestro tiempo, de población egipcia insignificante, ha venido á ser con la

afluencia de europeos emprendedores, sobre todo de griegos é italianos, una ciudad del mundo en la cual el elemento nacional egipcio ha quedado muy arrinconado detrás del elemento extranjero. Hoy, como en otro tiempo, puede considerarse el vecindario de Alejandría como una petulante mezcla de tipos de la Europa meridional; y las palabras que escribió Adriano á Serviano: «Todos no conocen más que un Dios (Mammon)» son muy aplicables á la mayor parte de los comerciantes que residen aquí. Y en efecto, los más de ellos piensan más en adquirir rápidamente una gran fortuna por medio de especulaciones temerarias, que en pasar modesto por medio del trabajo asiduo y constante.

Verdad es que tampoco faltan aquí respetables representantes del comercio, ingleses y franceses, alemanes y suizos, griegos y levantinos; pero el que llega á penetrar en las cavernas del juego, se encontrará luego con la hez de una sociedad tan corrompida, tan violenta y tan desenfrenada como apenas se halla otra igual en las ciudades más populosas.

Así como en lo antiguo, hace también, en la nueva Alejandría, la comunidad hebráica un papel de los más importantes, y cuenta en su seno muchos millonarios. Gran parte de los negocios de banca está en manos de los israelitas: así lo dicen al menos los nombres de las razones sociales más importantes, y no lo dice menos

una mirada que echemos al modesto cambista ó *sarrafi*, el cual, en un pequeño ángulo de la calle, acurrucado detrás de su pequeño mostrador, ofrece sus servicios á todo el mundo.

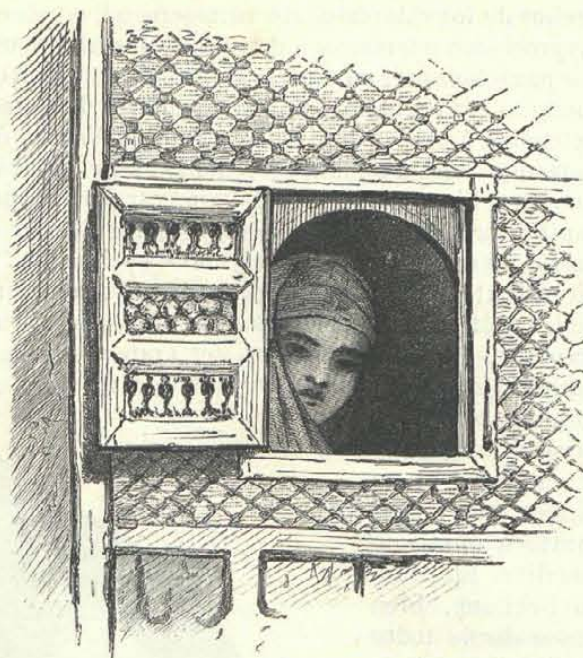
Pero el que desee enterarse de la vida del Oriente no encontrará aquí lo que busca; y lo mejor que puede hacer será atar pronto sus lios y dirigirse hacia el Sur á la hermosa ciudad de los califas, por cuanto, en Alejandría, establece el árabe su hogar solamente en los cuarteles más modestos y más pobres, aunque no dejan de ser por esto menos numerosos los cementerios donde descansan sus mayores. Tampoco descuellan por aquí los turcos, pues los más de ellos habitan la isla de Faro, en casas modestas sí, pero muy bien arregladas, que tienen vista al palacio del khedive, situado en la lengua de tierra Ras-et-Tia, edificado por Mohamed-Alí y restaurado por Ismail-Bajá. Pero este edificio, cuyas cimientos lava el mar, aunque remedo del serrallo de



Eunuco.



Dama alejandrina con su criado negro.



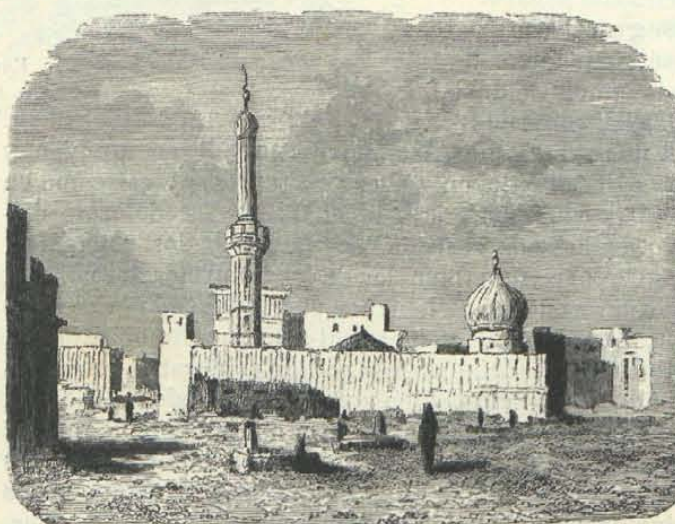
Asomadita á la ventana del harem.



¿Cómo acabará todo eso?



Iglesia protestante en Alejandria.



Campo santo mahometano.

EGIPTO.

(Véanse las páginas 142, 170, 171 y 173).

Constantinopla, es una obra sin estilo, y apenas nos recordaria el Oriente, si junto á él no se levantase el harem con sus jardines. Y no crea el curioso europeo coger la mirada de unos ojos rasgados y medio ocultos



La joya del harem.

por los velos y las rejas; pero cuente sí que es probable que se encuentre con uno de aquellos eunucos que no suelen faltar como guardadores de las muje-

res (1) en ninguna casa principal egipcia, y en quienes

(1) Eunuco se formó de *euné*, lecho, y de *echo*, tener, guardar.

(Nota del Traductor).

recaian en tiempos mucho más antiguos, en los imperios orientales, las más altas funciones del Estado.

No se crea que los eunucos fuesen utilizados desde un principio por los mahometanos; es más probable que los conocieron en el reinado de los primeros califas, por medio de los bizantinos, que con esto devolvieron al Oriente los abusos y malos ejemplos que de él habían recibido. Hace ya mucho tiempo que están excluidos los eunucos de todo empleo oficial; pero aunque todos ellos pertenecen á las cepas negras que habitan las tierras que baña el Nilo en su curso superior, y aunque su aspecto repugnante y soñoliento nos los hace recomendables, con todo esto, distínguense todavía por su prudencia y energía, y dirigen ordinariamente el servicio de la casa á que pertenecen. Por maravilla se encuentra uno en las calles de Alejandría, pero abundan muchísimo, según veremos, en el Cairo.

Traducido del alemán por
ANTONIO BERNES DE LAS CASAS.

(Continuará).

EL MAR,

SUS POBLADORES, SUS DOMINIOS, SUS TESOROS Y MARAVILLAS,

POR

DON SANTIAGO A. SAURA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Mar y Tierra.

(CONTINUACION).

III.

En estas oscilaciones de la corteza ó parte superior sólida del globo, que muchas veces abrazan vastas regiones, al mismo tiempo que el suelo no cubierto por las aguas, el submarino sufre necesariamente grandes cambios y en consecuencia las orillas y extension de los mares, sin que por esto disminuya el caudal de las aguas; tan sólo éstas aumentan ó disminuyen en profundidad en los nuevos mares que forman. Si uno de ellos queda en seco por levantamiento ó inclinación de su suelo, fórmase, extiéndose, dilátase ó aumenta su profundidad otro. Así lo demuestran las oscilaciones del suelo en el hemisferio austral en donde el norte se levanta y el mediodía se hunde, presentando la apariencia de un movimiento de báscula. De ahí el pliegue de hundimiento, por ejemplo, en el norte de Europa y América y el de levantamiento de las regiones vecinas al polo. «Nuevas islas aparecen en el golfo de Botnia y en la Finlandia, dice el sabio profesor de geología en la Facultad de Ciencias de París (1); si la progresión continúa, dentro de dos mil años el golfo de Tornea será un lago parecido á los que ocupan las depresiones del granito en toda la superficie de la Finlandia; y mil ochocientos años más tarde, Estocolmo estará unida á esta provincia por las islas de Aland, transformadas en istmo.» Lo mismo podríamos decir del movimiento del Spitzberg, en donde antiguas playas están hoy día á 45 metros debajo del mar; del hundimiento de la costa occidental y levantamiento de la costa oriental de Groenlandia; de la sumersión lenta de las selvas marítimas del Labrador y de Nueva Escocia, etc.

Por lo que acabamos de exponer, creemos poder decir con seguridad que el verdadero origen del cambio lento

del lecho de los mares, reside en esa fuerza poderosa acumulada en las entrañas del globo; la materia ígnea vibrando en cadencia bajo el impulso de la luna y del sol; hé aquí el martillo que mina sin cesar los cimientos del suelo marítimo y terrestre. «El Océano interior, dice M. de Parville (1), ondula como el Océano superior y el ariete de la ola subterránea conmueve ó levanta el piso en que descansamos. Para ello preciso es que se alce de un lado para hundirse de otro, y de ahí los levantamientos y hundimientos de la costra terrestre. Cuando se haya logrado someter al cálculo el movimiento ondulatorio de la materia ígnea, se hallará probablemente la ley del cambio de configuración de los mares.»

Definido ya el origen de la que tienen los actuales, podemos pasar á estudiarlos particularmente en su profundidad y en sus movimientos. La mayor profundidad de la capa líquida, según Sonrel, es inferior á 10 kilómetros, y la porción respirable de la atmósfera gaseosa no se extiende á más de 8 á 9 kilómetros sobre la superficie de las aguas. «En esta reducida zona de 18 á 20 kilómetros de espesor es en donde se realizan todos los fenómenos de la vida marítima y terrestre. ¡Cuán limitada es, exclama dicho autor, si se compara con el grandor del globo terrestre, cuyo radio es de unos 6369 kilómetros, el cual no es en sí mismo sino un átomo errante en la inmensidad del universo!» En el estado actual de nuestro planeta, según Mangin, la superficie de la tierra firme está respecto á la del elemento líquido en relación de 1 á 2 $\frac{1}{4}$, ó según Rigaud, en relación de 10 á 27, ó en fin, según otros autores, de 100 á 284 (2). Las islas reunidas representan apenas la vigésima tercera parte de los continentes, y están repartidas con tan poca regularidad, que ocupan en el hemisferio austral tres veces menos de superficie que en el hemisferio boreal. Mientras que las tierras abundan en este último, el primero, á partir del 40° de latitud Sur, está casi enteramente cubierto de agua. La desigualdad de repartición que se observa entre las dos mitades del globo, vuelve á hallarse, aun que en menor escala, entre el hemisferio oriental y el occidental. En efecto, el elemento líquido predomina en todo el espacio comprendido entre las costas orientales del antiguo continente y las costas occidentales del nuevo, en donde está tan sólo acompañado por raros archipiélagos, bañando 145 grados de longitud, y por esto algunos hidrógrafos le han llamado justamente el *grande Océano*. En resumen, pues, el Océano cubre la casi totalidad del hemisferio austral y la mayor parte del occidental.

Además de su inferioridad de extensión con relación á los océanos y su concentración en torno del polo Norte, los continentes presentan particularidades que merecen mencionarse. Reducidos los dos grandes grupos terrestres á dos grandes continentes, verdaderas islas rodeadas por el Océano, como dice Alejandro de Humboldt, ofrecen en su tamaño, estructura y configuración, de una parte sorprendentes contrastes y de otra notables analogías. Respecto á los primeros, valiéndonos de los cálculos que nos presentan los autores modernos, lo probaremos diciendo que la superficie de Europa está

(1) H. de Parville, *Progreso de la ciencia*, vol. III, pág. 380.

(2) La superficie total de las tierras cubiertas por las aguas, es de unas 37.637,000 millas geográficas cuadradas ó sean 12,916 millones de hectáreas. La de los mares, es de unas 110.863,000 millas ó sean 38,927 millones de hectáreas, según Mangin. O. Fredol, según el cálculo exacto dado por los sabios, dice que la superficie de la tierra está evaluada en 5.098,857 miriámetros cuadrados; que la parte ocupada por las aguas es de unos 3.892,558 miriámetros cuadrados, y la que forma los continentes y las islas, de 1.266,299; de lo que deduce que la superficie bañada es á la superficie no bañada como 3,8 es á 1,2. Por consiguiente, según este cálculo, el agua cubre un poco más de los siete décimos ó un poco menos de las tres cuartas partes de la superficie entera.

(1) *Las oscilaciones de la corteza terrestre*, por M. H. Hebert, París.

valuada en 2.720,000 millas cuadradas ó 933 millones de hectáreas; la de Asia, en 12.191,000 millas cuadradas ó 4,181 millones de hectáreas, y la de África, en 8.500,000 millas cuadradas, ó cerca de 2,916 millones de hectáreas. Si á estos números se añaden los 2.400,000 millas cuadradas, ó 823 millones de hectáreas que forman la superficie de Australia, nos da, para el grupo oriental, una extension total de 25.451,000 millas cuadradas ó 8,853 millones de hectáreas, á los cuales podrian añadirse algunos centenares de miles de hectáreas de las islas reunidas del mar de las Indias, que forman como una cadena rota entre el Asia meridional y la Australia. De otra parte, se calcula en 6 millones de millas cuadradas ó 2,058 millones de hectáreas la superficie de la América septentrional; en 140,000 millas cuadradas ó 48 millones de hectáreas, la de la América central, y en 5 millones de millas cuadradas ó 1,715 millones de hectáreas, la de la América del Sur, dando un total para el nuevo continente de 11.140,000 millas cuadradas ó 3,821 millones de hectáreas. La diferencia en favor del grupo orientales, pues, de 14.311,000 millas cuadradas ó 3,821 millones de hectáreas, es decir, que la superficie total del segundo es más que doble de la del primero.

Las analogías entre los dos grupos, aparecen sobre todo en los contornos de las masas de tierra y más particularmente en los de las costas opuestas de un continente al otro. Así vemos que los dos continentes están cortados en direccion al Norte siguiendo un mismo paralelo (el de 70°), y ambos terminan al Sur, en punta ó en pirámide, con algunas prolongaciones submarinas manifestadas por la salida de islas ó bancos: en el extremo de la América meridional, el archipiélago del Cabo de Hornos; al Sur del Cabo de Buena-Esperanza, el banco de Lagullas; al Sureste de Australia, la tierra de Van-Diemen. Un hecho digno de observarse es la tendencia general de las tierras á tomar la forma peninsular; que casi todas las penínsulas van dirigidas al Sur y las más importantes terminan en forma de cuña. «La forma piramidal de los extremos meridionales de todos los continentes, dice Alejandro de Humboldt, entra en la categoría de aquellas *similitudines physice in configuratione mundi*, sobre las cuales tanto ha insistido Bacon en su *Novum organum* y que uno de los compañeros de Cook, Berthold Forster, tomó por texto de ingeniosas consideraciones. Muy notable es, además, que las direcciones de los continentes hacia el Norte y sus prolongaciones hacia el Sur, estén situadas casi en los mismos meridianos. En cuanto á los polos se ignora si están colocados en tierra firme ó en medio de un océano cubierto de hielos (1) » Más adelante y en la misma obra, añade, con la prudente reserva de un gran talento: «A pesar de estas analogías y de estos contrastes, no es dado á la ciencia escudriñar profundamente los grandes fenómenos que han debido presidir al origen de los continentes. Lo que nosotros sabemos se reduce á lo siguiente: la causa impulsiva es una fuerza subterránea; los continentes no han sido formados de una vez tales como se presentan hoy día; pero su origen remonta á la época silúrica y su formacion ocupa los periodos sucesivos, hasta el de los terrenos terciarios; se ha efectuado lentamente en medio de una larga série de levantamientos y hundimientos alternativos, y por último se ha completado por la reunion de pequeños continentes ántes aislados.»

Tales como se presentan los mares, en sus cuencas actuales, los geógrafos dividen el volumen de agua que

encierran en cinco grandes océanos: el *Glacial ártico*, el *Atlántico*, el *Indio*, el *Pacífico* y el *Glacial antártico*. El primero se extiende desde el polo hasta el círculo polar ártico, el cual lo separa del Atlántico, hasta el estrecho de Behring, por donde comunica con el grande Océano; al Sur baña la Rusia americana y se une tal vez por esta parte con el mar Polar, el cual forma entónces con el mar de Baffin, parte del océano Glacial, quedando establecida su comunicacion con el Atlántico por medio del estrecho de Davis: al Oeste se detiene en la orilla oriental de la Groenlandia. Se ignoran sus límites hacia la parte del Norte: ¿quién sabe si se prolonga hasta el polo ártico, ó si alrededor de este punto existen regiones que opongan una barrera á sus aguas? Así es que no puede calcularse su anchura del Norte al Sur; su largo es de unos 720 miriámetros contados desde la parte Este del cabo Helado hacia los 70°25' latitud Norte y los 157°13' longitud Oeste, hasta el punto donde el círculo polar ártico corta el meridiano de los 30°44' longitud Oeste, en la costa oriental de Groenlandia. Dos sinuosidades de mucha extension que penetran en sus costas, dan origen al mar Blanco y al golfo de Tchesck; penetra en la Siberia por los golfos del Obi y del Ienisei; al Nordeste de este último se adelanta el continente asiático, formando al cabo más septentrional del Antiguo Mundo, llamado Severo Vostochnoi. La nueva Zembla es la isla mayor que contiene este océano, el cual cuasi cubierto una gran parte del año por moles de hielo, no puede explorarse más allá de 25 miriámetros del polo por una parte, y por la otra sólo hasta unos 100 miriámetros; las partes meridionales son las únicas que se conocen con alguna exactitud. El flujo y reflujo se notan muy poco en sus costas y sus corrientes son muy irregulares.

Los hielos, al decir de algunas navegantes, han adelantado algunos grados de dos siglos á esta parte. Masas enormes de hielo, á veces de más de 4 kilómetros de extension y de 3 á 4000 metros de alto, flotan en este océano. Sus playas son áridas y desiertas. Los cetáceos, así como los arenques, abundan en sus aguas. Este mar, que estuvo por mucho tiempo sin explorar, no era conocido de los antiguos, que sospechaban empero su existencia y llamábanle mar Hiperbóreo. Se supone que el navegante Hugo Willoughby se acercó en 1553 á las costas de Spitzberg: el holandés Barentz adelantó hasta los 80°11' latitud Norte; el inglés Hudson hasta los 80°23'; lord Mulgrave hasta los 80°48' en 1773, y algunos geógrafos creen que el capitán Wyat en 1776 llegó hasta los 89° latitud Norte. Como quiera, es un hecho que el capitán inglés Parry adelantó en 1827 hasta los 82°35'15", y pereció en 1853 queriendo sin duda adelantar más, el capitán Franklin, también inglés. Posteriormente se han hecho varias tentativas para seguir adelante.

El Océano Atlántico empieza en el círculo polar ártico y llega hasta el cabo de Hornos. Está situado entre América, Europa y África y tiene la forma de un gran canal dirigiéndose en cierto modo de Norte á Sur é inclinándose hacia el Este en su parte septentrional. Presenta, segun Maury, una longitud de unas 9,000 millas, y una anchura, por término medio, de 2,700, y cubre una superficie de 25 millones de millas cuadradas. Los ángulos entrantes y salientes de los continentes, cuyas costas son bañadas por el Atlántico, constituyen la desigualdad de lo largo de este mar. La costa convexa de África se halla situada á una distancia de 8,686 kilómetros de la costa cóncava de las dos Américas; y la que debe contarse desde el continente del Brasil, cuya costa forma una convexidad en frente del golfo de Guinea, está situada á 5,123 kilómetros de ésta. La parte más estrecha

(1) *Cosmos*, vol. I.

de este mar es la situada entre Sierra-Leona, en la costa de África, y el cabo San Roque en el Brasil. Su anchura en este sitio sólo es de 3,600 kilómetros; la mayor, que es desde el estrecho de Gibraltar hasta la costa de la Florida, es de unos 7,350 kilómetros. Fleurieu ha dividido el océano Atlántico en tres partes: el septentrional, comprendiendo el círculo polar ártico y el trópico de Cáncer; el océano Atlántico equinoccial, entre los dos trópicos, y el océano Atlántico meridional, que se extiende desde el trópico de Capricornio hasta el círculo polar antártico. Por el paralelo de 58° N. se abre el Skager-Rack, brazo de mar que forma la entrada del Cattegat, que da paso al Báltico; comunica con el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar, entra por el estrecho de Davis en el mar de Baffin y penetra en el mar de Hudson por muchos estrechos. Presenta numerosas islas, varios archipiélagos, arrecifes, canales, golfos y bahías. Algunas veces sus costas son escarpadas y entrecortadas de

dunas, otras ofrecen escollos pedregosos y otras extensas playas arenosas. Recibe en su seno grandes ríos. Notabilísimas son las corrientes de sus aguas, de las que hablaremos más adelante; y su mayor profundidad se halla entre el banco de Terranova y las islas Bermudas, en donde, dicese, la sonda descende á más de 9,000 metros.

El océano Indio está limitado al Norte por el Asia, al Oeste por el África y al Este por la península de Malacca, las islas de la Sonda y la Australia. El cabo de Buena Esperanza forma el límite más occidental de este mar; la extremidad meridional de la tierra de Diemen determina la parte más oriental; y en las costas de Asia, las entradas más septentrionales sólo se extienden hasta los 30° latitud Norte.

El océano Indio tiene de Norte á Sur 960 miriámetros, desde el cabo de Buena Esperanza á la tierra de Van-Diemen 880 miriámetros, de la costa de Ajan al extremo Noroeste de la isla de Sumatra 480 miriámetros. Se divide



Luz magneto-eléctrica en el Océano universal.

en océano Indio equinoccial al Norte del trópico de Capricornio, y en océano Indio austral al Sur del mismo trópico. El Asia baña en este mar tres vastas penínsulas: la Arabia y el Indostan, separadas la una de la otra por el mar de Oman ó de Arabia. La primera está cercada al Nordeste y Suroeste por el golfo Pérsico y el mar Rojo ó golfo Arábigo, comunicando aquel con dicho océano por el estrecho de Ormuz y éste por el de Bab-el-Mandeb. Al Sureste el estrecho de Malacca hace comunicar este mar con el Pacífico. La tercera península llamada Transgangética ó más allá del Ganges, ó sea Indo-China, abraza el imperio Birman, Siam y Annam, terminando en las costas de Cochinchina. Entre la costa Sureste de África y la isla de Madagascar, forma el gran canal de Mozambique. Además de la isla citada y de Ceilan, están esparcidas por este mar un gran número de islas; y numerosas rocas y grandes bancos de coral hacen sumamente peligrosa su navegacion en varios puntos. Numerosos ríos vierten en él sus caudalosas aguas, siendo dignos de citarse entre ellos: el Ganges, el Brahmaputra, el Irrauaddy, el Sind ó Indus, el Éufrates

unido al Tigris, en Asia; y el Zambezi, en África. Una gran variedad de peces notables, como diremos más adelante, puebla la parte equinoccial de este mar, en el cual se observa con bastante frecuencia el fenómeno de la fosforescencia de las aguas. Los antiguos conocieron imperfectamente este mar. Marco Polo en el siglo XIII recorrió algunas de sus islas y visitó las costas de la India y de la Persia. El descubrimiento del cabo de Buena Esperanza en 1486 reveló la existencia de una comunicacion entre este mar y el Atlántico, y Vasco de Gama fué el primero que lo exploró en 1497. Cook hasta el presente ha sido el navegante, que sepamos, que ha adelantado más, llegando hasta los 67° S.

El océano Pacífico ó Grande Océano, se extiende de Norte á Sur desde el círculo polar ártico hasta el círculo polar antártico. Está limitado de una parte por el Asia, las islas de la Sonda y la Australia, y de otra por la América. Al Norte comunica con el océano glacial ártico por el estrecho de Behring. Tiene de Norte á Sur 1,280 miriámetros. Ha sido dividido en tres partes: 1.ª gran- de océano boreal, entre el círculo polar ártico y el



AURORA.

(Véase la página 190).

trópico de Cáncer; 2.^a grande océano equinoccial, entre ambos trópicos, y 3.^a grande océano austral, entre el trópico de Capicornio y el círculo polar antártico. Las costas del Pacífico casi en todas partes están erizadas de altas montañas graníticas y encierran entre otras, las islas que bajo el nombre de Oceanía, componen la quinta parte del mundo. Al Oeste, algunas de sus costas están cortadas por grandes brazos de mar que llevan el nombre de mares, como el de las Molucas, de Célebes, de Mindoro, de Java, etc., y al Norte se presenta el mar de Okhotsk y el de Behring. Este océano contrasta de un modo notable con el Atlántico. El uno tiene su mayor dimension de Norte á Sur; el otro de Este á Oeste; las corrientes del primero son anchas y lentas; las del segundo, angostas y rápidas. Las mareas de éste son muy bajas; las de aquel muy altas. Si se representa el volumen de las aguas pluviales que caen en el Pacífico por 1, el que recibe el Atlántico será representado por una quinta parte. El océano Pacífico es el más tranquilo de los mares; el océano Atlántico de los más tempestuosos. Los griegos y los romanos no tenían ninguna noción de aquel mar, que descubrió, dándole el nombre que lleva, por la tranquilidad de sus aguas, el célebre español Vasco Nuñez de Balboa, en el año 1515, despues de haber atravesado el istmo de Panamá. El no ménos célebre Hernando de Magallanes fué el primero que navegó por él en 1521, despues de haber descubierto y recorrido en toda su extension el estrecho que lleva su nombre.

El océano glacial antártico se extiende desde el círculo polar antártico hasta el polo austral. Este océano está todavía sin explorar, porque sus constantes hielos, hasta el presente, han impedido, por más esfuerzos que se hayan hecho, que los más osados navegantes pudiesen penetrar en él.

SANTIAGO A. SAURA.

(Continuad.).

¡MADRE MIA!

NOVELA ORIGINAL

DE

ANTONIO DE PÁDUA.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO VII.

Otra aventura.

Martin habia de ir con mucho tino para que su madre no descubriera la alteracion de su ánimo en su semblante, y esa noche retiró un poco ántes de la hora de costumbre, y procuró presentarse jovial y alegre para alejar todo linaje de sospecha.

La buena de doña Mercedes acabó, pues, de tranquilizarse, descansando de los malos ratos del día y persuadida de que ni sombra de peligro quedaba para su hijo.

¿Quién la dijera entonces el daño grave que amenazaba á Martin, y cómo éste lo provocaba sin pensar en que el hierro de su adversario, al dirigirse contra él, iria recto á herir las entrañas de su madre?

A la mañana siguiente, saltó el jóven del lecho á la hora ordinaria sin necesidad de ser llamado.

Su semblante respiraba exuberancia de vida, y sus ojos brillaban á la luz de las múltiples ilusiones que rodean al hombre cuando mira en frente de sí el campo inmenso que dejan abierto los veinte años, y sonrien,

formando cortejo al amor la gloria, la ambicion y la esperanza.

El lance que se preparaba era todo lo más un estímulo, una esperanza de dulce recompensa; de ninguna manera un motivo de temor para el valeroso corazón del jóven.

Nunca como en la plenitud de la vida se expone ésta con más desprecio; nunca se guarda tanto como al descender por la otra pendiente la existencia. Diríase que derrocha el jóven capitales que le sobran, y que procura economizarlos más tarde, conociendo su valor, el hombre.

Martin asomó al balcon y levantó los ojos á la casa de Gabriela.

¡Ya era tiempo!

Allí estaba la enamorada niña con las huellas en el rostro de su hondo sufrimiento.

—¡Qué ingrato soy! se dijo Martin.

Y procuró compensar á su amada, en cuanto las circunstancias del momento lo permitian, de su olvido cruel de las últimas veinte y cuatro horas.

Gabriela sonrió, y quitóse del pecho de Martin la pesadumbre del remordimiento.

Desde aquel instante ya podia volver á pensar en la otra mujer por cuya causa iba á jugar la vida.

Entró á la sazón en el aposento el criado con una carta que acababan de traer á la mano.

Venia cerrada y llegó intacta á poder de Martin.

Hacemos mencion de esta circunstancia que parecerá pueril para indicar que doña Mercedes respetaba la correspondencia de su hijo, que tenia ya veinte años, y que no le preguntaba de sus secretos si él espontáneamente no los comunicaba.

Abrió Martin el billete, y una viva sorpresa se pintó en su semblante al ver el nombre que lo suscribia.

Decia simplemente:

«Amigo mio:

»Aguardo á usted en mi casa este medio día sin falta.

»Encarga á usted la más absoluta reserva y espera que no dejará de complacerla, su amiga

EUGENIA.»

El asombro fué aun mayor despues de leida la carta.

Eugenia era una de las mujeres más hermosas de Barcelona. Recordaremos que Roger dió este nombre al mozo del restaurant cuando le mandó con el faisán al paseo de Gracia.

Era, pues, Eugenia la amiga de Roger.

¿Qué queria de Martin?

La reserva absoluta que le encarecia, claro estaba que comprendia al mismo Roger.

Martin miraba y remiraba el billete queriendo adivinar su objeto.

Pareciale demasiado atrevido tomarlo como una solicitud amorosa de Eugenia; pero ¿quién detiene los vuelos del pensamiento á los veinte años y en situacion semejante? En verdad que no se necesitaba violentar mucho la imaginacion para sospechar una nueva aventura, ni ser excesivamente presuntuoso para creer en un nuevo favor de la suerte despues de haberlo obtenido de una mujer como Lorenza.

Martin guardó el billete y en sus labios se deslizó una sonrisa de ancha complacencia.

Nunca fuera caballero de damas tan perseguido, podria decirse de él, parodiando los versos aquellos del *Quijote*. De un lado un ángel de candor y de pureza llorando su

olvido y sonriéndole á la primera mirada cariñosa; de otra parte una hermosura oriental, una odalisca presa en cárcel de flores, guardada como una esposa del gran Turco, abriéndole las rejas de su encierro y sus amantes brazos, y al mismo tiempo llamándole secretamente, misteriosamente, otra mujer, bella entre las más bellas de la sociedad galante de Barcelona: todo esto era demasiado para no levantar á la última potencia el orgullo de un jóven, y no hacer que se mirara á sí mismo como un Alejandro ó un Napoleon el Grande.

Dando así vueltas la imaginacion exaltada por el vasto campo de gloriosos triunfos, salió, pues, de su casa ese dia Martin sin el menor cuidado respecto del desafio que estaban arreglando sus amigos.

A pocos pasos le detuvo Salazar diciéndole:

—Te aguardaba aquí porque no he creído prudente ir á verte á tu casa para lo que tenemos que hablar.

Martin no pudo disimular una impresion de disgusto.

La sola presencia del estudiante de medicina fué para él un desencanto en aquellos momentos de ilusion del espíritu arrogante y satisfecho.

—¿El asunto de ayer se lleva adelante? preguntó seguidamente Salazar.

—Pues claro está. Ya habrán ido Roger y Narciso á ver á los padrinos que el otro designaria anoche.

—No han ido aun, porque me esperan á mí.

—¡Ah! exclamó sorprendido Martin.

—Les he visto hoy á primera hora y hecho prometer que aguardarian hasta las once de esta mañana.

—¿Y con qué objeto has hecho tú eso? preguntó Martin con una seriedad que ofendiera á su amigo si ya no fuera éste prevenido á todo.

—Martin, respondió Salazar, ó la amistad es una ficción indigna, una mentira baja é irritante, ó has de escuchar, á lo ménos escuchar, lo que yo, tu amigo de veras, he venido á decirte á solas, cumpliendo con un deber de mi amistad leal y honrada y de mi afecto hacia tí, del todo desinteresado.

—No necesitas de tantas protestas, hombre, profirió Martin estrechando la mano y sonriendo á su amigo para borrar su injusta despegada actitud de momentos ántes. Ya te escucho.

—Pues bien; ante todo dime: ¿por qué te bates tú por esa mujer?

—Yo no me bato por ella.

—Ya me desfiguras la verdad; pero es inútil: tú te bates por ella; tanto, que si fuera vieja ó fea...

—¡Toma! interrumpió Martin riéndose; entónces ya ni el motivo era posible.

—Perfectamente: y entónces aunque te amara...

—Más que á su vida, ¡ya se podría morir!... continuó Martin riéndose.

—Ahora, es distinto: como se trata de una mujer muy hermosa, has de creer que te ama muchísimo, que está perdida por tí...

—Sí, señor: ¿qué duda tiene? Y á ver cómo se conciben de otra manera los favores de una mujer de mérito otorgados tan de balde y exponiéndose como lo hizo Lorenza.

—¿Y eso, para tí, es amor?

—Si te parece, lo tomaré á desden...

—Pero debías tomarlo como impulso de una imaginacion no domada por la dignidad propia y la severidad de costumbres, sin confundirlo con un sentimiento puro y levantado.

—Bah, chico: cuesta mucho hacer esos distingos y enredarse en esas filosofías y sutilismos cuando un hombre obtiene lo que yo de una mujer como esa. Y ella

podrá no amarme, segun tú imaginas, pero yo no concibo qué mayores pruebas pueda merecer un hombre de una mujer enamorada, ni que haya quien busque sus grados de espiritualismo y se engolfe en impertinentes dudas cuando se halla en brazos de una realidad tan positiva y bella.

—No quiero hacerte el disfavor de decirte que no me entiendes. Te satisface así la cosa, careces de vigor de ánimo para sacudir el yugo de tus sentidos encadenados, y es inútil que sigamos cuestionando sobre este punto, porque no llegaríamos á un acuerdo. Pasemos á otro. ¿Sabes quién es ese señor á quién has retado?

—Me importa poco quien sea.

—Pues es un espadachin de primer orden.

—¿Y qué?

—¡Cómo y qué! ¿Tiras tú por ventura el florete ni el sable?...

—No; pero mis padrinos no serán tan inocentes que convengan en esas armas.

—Es que tira con igual seguridad la pistola.

—Eso se nivela con las condiciones del duelo.

Salazar agotó los recursos de su clara inteligencia para disuadir á su amigo. Inútilmente.

Apeló por fin al argumento que reservaba como última razon y profirió:

—Martin: ¡acuérdate de tu madre!

Al oír esto, Martin se estremeció, y su vista quedó severamente fija en el rostro de Salazar.

—Has hecho muy mal en evocar aquí á mi madre replicó profundamente enojado; porque debiste comprender que por nada ni por nadie cederia yo en una cuestion que considero de honra; y apelar al sentimiento que puedo ocasionar á mi madre es querer herir el mio neciamente sin otro resultado.

—Dispénsame, respondió Salazar concluyendo y perdida ya toda esperanza: veo que he sido desgraciado á no poder más... pero no me arrepiento. Adios.

Y separándose de Martin, torció de la plaza de San Jaime á la calle de Fernando, dirigiéndose al colegio de Medicina.

Martin siguió recto por la calle del Obispo, á paso lento, como abrumado por la última consideracion que le habia hecho Salazar.

Cuando llegó á la Plaza Nueva sacó del bolsillo el billete que habia recibido en su casa, leyólo otra vez y consultó su reloj.

El rostro del jóven adquirió casi de repente expresion distinta. Sus músculos sacudieron su languidez y sus ojos brillaron animados.

El pensamiento de Eugenia habia vencido en breve lucha al pensamiento de su madre.

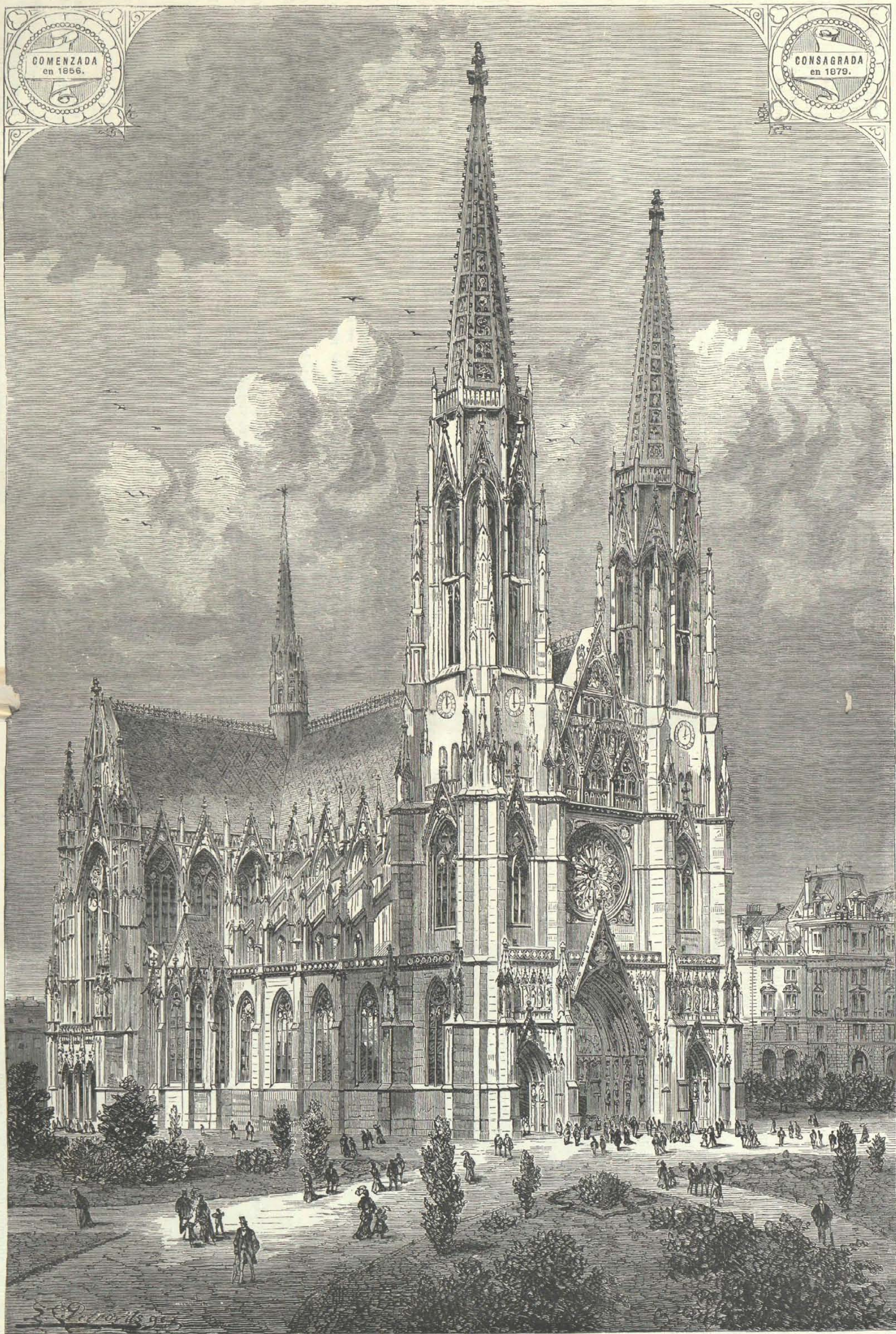
CAPÍTULO VIII.

La cita.

Conforme el billete decia, poco ántes de dar las doce, hallábase Martin hacia la mitad del paseo de Gracia.

La primera campanada del reloj de la catedral sonó sólo un momento ántes que el timbre de un elegante cuarto bajo á cuya puerta acababa de parar Martin tirando del llamador de hierro labrado; y no habia concluido de dar la hora en la ciudad, cuando se abria al jóven la lujosa morada y aparecia á su vista la misma Eugenia.

—Así me gusta un hombre, condescendiente y puntual,



VIENA. — Vista exterior de la iglesia votiva.

(Véase la página 191).

dijo la amiga de Roger, cerrando la puerta como si estuviera sola sin un criado en la casa.

Y tomando seguidamente una mano del mozo, añadió con afectuosa confianza llevándolo al interior:

—Venga usted.

Martin se dejaba llevar, dispuesto á seguir sin réplica hasta donde fuera Eugenia servida de conducirlo.

Llega ésta al extremo de un pasillo alfombrado donde se ve una mampara forrada de damasco; empuja la acolchada hoja, y... ¡sorpresa indescriptible! en el gabinete hay otra mujer. Vá vestida de negro: de sus hombros cae un rico casimir que envuelve su arrogante figura como en sus anchos pliegues el manto á una matrona romana: los encajes de la mantilla velan su rostro.

La dama levanta el velo. ¡Lorenza!

Martin queda atónito, efecto, no ya de la sorpresa, sino de la revolucion súbita que se obra en su pensamiento. La presencia de Lorenza vuelve de repente y del revés sus ilusiones, puestas todas en Eugenia en aquel instante.

Pero en el momento mismo se reacciona, comprende la situación, que se explica bien por la amistad que unia á las dos mujeres, y volviéndose á Eugenia la dice con atenta gratitud que oculta la contrariedad de la esperanza defraudada:

—Muchas gracias.

—De nada, respondió con coquetería la amiga de Roger; es un servicio sencillito de amistad.

Martin habia largado la mano á Lorenza que se la estrechó trémula, profundamente conmovida.

Eugenia añadió con discretísima gracia:

—Ustedes tendrán que hablar, y yo les dejo solos.

Y abandonó la habitacion siguiéndola una mirada de Martin, atraído por la travesura de Eugenia que daba especialísimo realce á sus notables dotes físicas.

Necesitó Martin para olvidarla mirar tan de cerca los superiores encantos de Lorenza.

Ésta le llevó suavemente á sentarse á un sofá, y poniendo en él sus admirables ojos, húmedos de amor y de ternura, le dijo:

—Y bien: ¿comprendes por qué te hice llamar aquí y vine yo á verte pasando por todo y sin atender á nada más que al interés de hablarte?

Martin, que se hallaba todavía algo desconcertado, se encogió ligeramente de hombros.

—¿No adivinas? repuso seguidamente Lorenza con acento más insinuante.

—No acierto...

—¡Ah! ¡seria cruel que no me amaras como yo te amo!

Y la voz de Lorenza vibraba con tal sentimiento, y su hermosísimo rostro tomó una expresion tan seductoramente apenada, que hizo exclamar á Martin exaltado:

—¡Puedes tú sospecharlo, bien mio! ¡tú, la imagen de todas las venturas que soñó mi pensamiento; tú, la expresion de belleza más sublime que habia yo imaginado; tú, la mujer que palpita en mi corazon y realiza todas las ilusiones de mi mente!...

Y el jóven estrechó á la hermosa contra su seno palpitante.

—¿Por qué, entonces, no me adivinas? repuso lánguidamente Lorenza; ¿por qué no sientes mi afán y mis temores, y no calmas mi espíritu ahogado de congoja, diciéndome que no expondrás tu vida en frente de ese hombre?

Como si una avispa picara á Martin, irguióse éste con la soberbia del hombre provocado por un rival delante de la mujer amada, y respondió:

—Nunca creí que pudieras llamarme con tal objeto.

—¡No conoces mi amor!...

—Méenos comprendes tú el mio, replicó con entereza el jóven; y aun añadido, que en poco debes estimarlo cuando lo imaginas á tal extremo bajo y miserable.

—¡Martin!

—¡Ni una palabra más sobre este punto! repuso éste levantándose.

—¡Una y ciento! insistió con la energía de la pasión Lorenza, asiendo al jóven de la mano y obligándole de nuevo á sentarse. Tú no eres el ofendido, porque yo te amo á tí; el agraviado es él, porque yo le odio, le detesto. Tú no necesitas vencer en el duelo para obtener el galardón que yo ya te he dado; él sólo busca que no lo goces, y lo conseguirá si vas á ese terreno, porque es maestro en el manejo de las armas...

—¿Intentas infundirme miedo?... profirió Martin, rechazando con desdeñosa sonrisa la humillacion de esta idea. ¿O acaso temes por él? añadió con cierta arrogancia.

—¡Ingrato! exclamó Lorenza. ¡Por él! Si así fuera, no hubiese venido á suplicarte á tí: le suplicara á él; mal digo, le exigiera que desistiese del lance, y en último recurso le obligara á abandonar inmediatamente á Barcelona.

—¿Tanto mandas en su voluntad?

—Me ama, y bastaria que saliese yo para que él me siguiera dejándolo todo.

—Entonces, si tan absoluta seguridad tienes en tu imperio sobre ese hombre...

—¡Cruel! ¿no conoces que es á tí al que yo quiero obligar para quedar obligada? A tí te digo que salves tu vida para poder darte y consagrarte la mia; á tí, que lo abandones todo si es preciso, que salgas de Barcelona y que yo te siga á donde quieras, á la fin del mundo...

—¡Tú! exclamó Martin que no esperaba tal arranque de abnegacion.

—Yo, sí; ¿qué te extraña? lo extraño fuera que yo vacilase por consideracion alguna cuando exijo de tí ese sacrificio. ¿O creíste que mi amor fué de un momento, que por satisfacer un liviano capricho te abrí las puertas de mi casa, y que fueron exaltacion de un instante mis palabras cuando te dije que te amaba sobre todas las cosas en la tierra? ¿Crees, Martin, que una mujer como yo se rinde así á un hombre, y le dice lo que yo á tí te he dicho para olvidarlo todo en un día? Responde.

Y los ojos de Lorenza derramaban en tanto un torrente de luz que inundaba el rostro de Martin, formando en torno suyo una atmósfera resplandeciente, en medio de la cual resaltaba la hermosura de aquella mujer enamorada, seductora como nunca, con su traje negro, emblema de su apenado pensamiento, sus desprendidos rizos cayendo alrededor de su cuello blanquísimo, y sus manos asiendo trémulas las del jóven y llevándolas al corazon que latia con la violencia de una pasión despótica y avasalladora.

—¡Y decia Salazar que no me amaba!... murmuró para sí Martin contemplándola.

—Pero ¿no me respondes? insistió ella en tono exigente, y brillando con rara energía sus pupilas. ¡Vamos! ¡anda!... ¡yo te sigo!

El carácter del hombre más entero cediera á provocacion semejante, el ánimo subyugado á la superior influencia, al avasallador imperio de aquella mujer irresistible.

No obstante, Martin, que sintió ese vivo efecto, se

contuvo, y al impulso irreflexivo de la pasión siguió un súbito y mortal abatimiento de su ánimo.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho y quedó mudo.

—¿Qué es eso? ¿en qué piensas? preguntó Lorenza con angustia.

Martin no respondió; no podía responder la verdad de lo que por sí pasaba en aquellos instantes. ¿A dónde iría el humilde, el pobre hijo de una modesta familia, con aquella mujer cuyos pies no pisaban nunca el polvo de la calle, acostumbrada a una vida doméstica de sultana, que necesitaba la fortuna de un príncipe para sus gastos más imprescindibles?

Nunca la fortuna en amores ha mortificado con más crueldad ni puso en más duro trance el decoro propio de un amante pobre.

—¡No, no puede ser! exclamó Martin rompiendo de repente el círculo de hierro de su situación horrible. Tú dices que no le amas... eso no basta cuando él te ama a ti al extremo que tú misma has dicho. ¡Le mato, pues, o me mata!

—¡Ah!

—¡No cabemos los dos en el mundo! Si le sobrevivo, dispon de mí como quieras: antes del duelo o a condición de no batirme, ¡es imposible!

De esta suerte, después de verificado el duelo, el amor propio de Martin ya sufriría menos. Si no podía derramar el oro con Lorenza, la habría dado muestra de que sabía derramar por ella su sangre.

Un amante pobre debe con más razón ser valiente...

—¡Estás loco!

—No quiero que tú misma me desprecies mañana justamente...

—¿Lo has pensado bien? preguntó aquí Lorenza variando de tono y viendo la decisión inquebrantable de Martin: porque entonces acudiré a él...

Una centella cruzó por los ojos de Martin, que se puso repentinamente pálido.

—Y lo que a ti he querido deberte, tendrá él derecho a exigirlo de mí... añadió Lorenza arrojando la chispa incendiaria en los celos rápidamente por ella acumulados en el corazón del joven.

—¡Oh! ¡calla!

—¡No habrá más remedio! insistió Lorenza.

—¡Calla! repitió Martin asíéndola fuertemente y hundiéndolo los dedos en la nieve de sus brazos.

—¡Elige! repuso Lorenza sin quejarse: ¡o tú, o él!

—¡Ah! ¡ni uno ni otro! rugió furioso Martin cogiendo con ambas manos la preciosa garganta de Lorenza, que lanzó un grito ahogado y esta exclamación:

—¡Mátame!

Estremecióse Martin al oír esta palabra, y apartándose un paso, profirió:

—¡Estoy loco! ¡perdóname!

Y seguidamente se precipitó fuera del aposento.

ANTONIO DE PÁDUA.

(Continuara).

AVENTURAS DE UN GRILLO,

POR

EL DR. ERNESTO CANDÉZE.

(CONTINUACION).

CAPÍTULO IV.

El lazo.

Durmiendo estaba profundamente, cuando desperté sobresaltado a causa de haber sido sacudido con violencia.

—¡Cuidado! exclamó la cigarra. El topo ha invadido nuestros dominios. ¡Sálvese quien pueda!

Al oír tan siniestras palabras, me precipité hacia la primera galería que encuentro; en el acto siento algo que a mí se pega, pero el momento no es nada propicio para entrar en averiguaciones. Parece que la galería por donde me he metido no es la que conduce afuera; en medio de mi turbación seguí la primera que me salió al paso, aquella junto a la cual dormía. No, esta no es la galería que da al campo; de manera que no sé por dónde ando. ¿A qué sitio conduce el corredor que recorro? ¡Pobre de mí! voy a extraviarme en este laberinto subterráneo... ¡y reina tal oscuridad!... De todos modos, lo primero es huir, pero muy de prisa; de consiguiente, empiezo a correr frenético. ¡Maldición! ¿qué es lo que llevo pegado a la cola?... ¡Ah!...

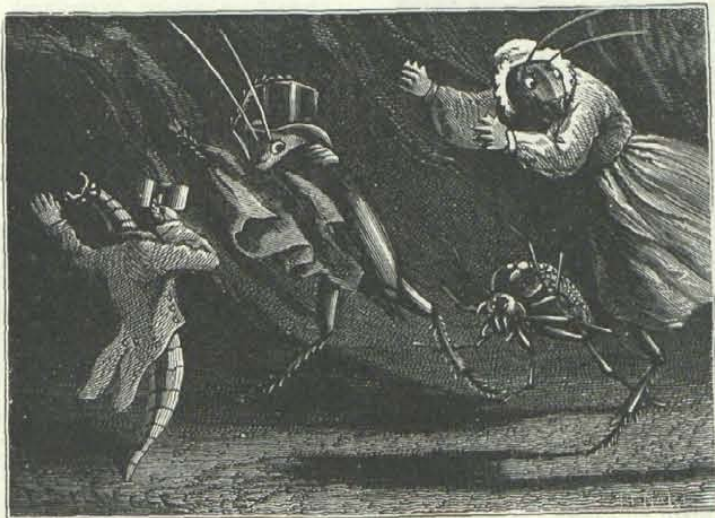
La última exclamación fué debida a un súbito sentimiento de espanto que se apoderó de mí. De improviso faltó la tierra bajo mis pies, y sentí que caía en el vacío, si bien tardé algún tiempo en llegar al suelo.

A pesar del natural aturdimiento producido por la caída, ví que había ido a parar al fondo de una excavación; afortunadamente no me hice daño, y eso que caí de cabeza. Voy palpando para darme exacta cuenta del sitio en que me hallo: el suelo es liso y duro. Sigo avanzando a oscuras, valiéndome de las antenas; héme aquí al pie de una pared perpendicular, pared enteramente lisa, tan lisa como el suelo. Tomo mis precauciones y alargo la pata, temeroso de volver a caer.

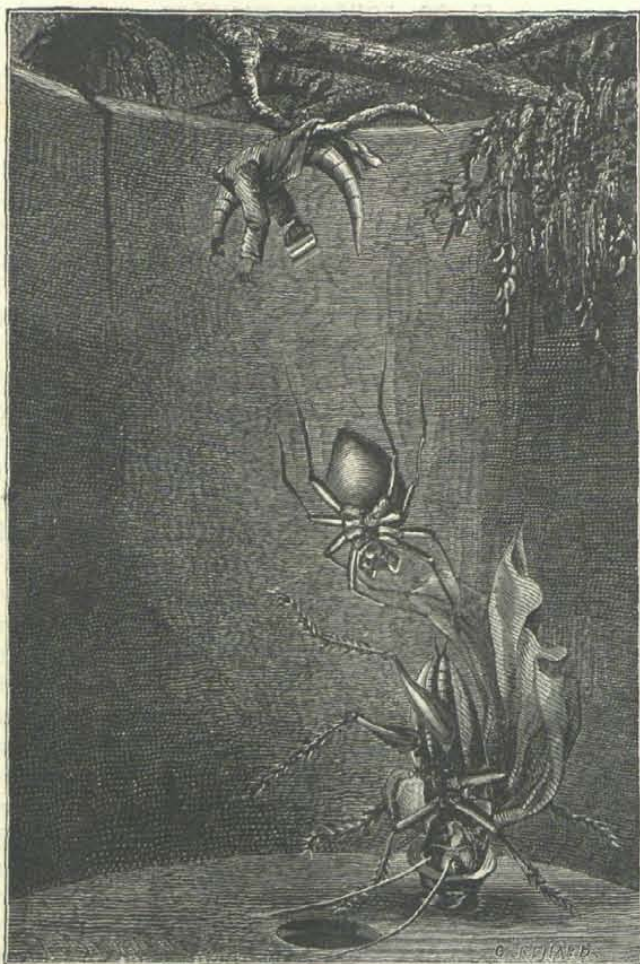
Y voy adelante, siempre adelante: el suelo no varía; es liso y duro, y a la izquierda corre sin interrupción la pared perpendicular de que he hablado.

¿En dónde estoy? Lo ignoro. ¿Qué significa este conducto subterráneo y a qué sitio vá a parar? Sin duda que me he alejado bastante de mi punto de partida. Sea como fuere, es seguro que no estoy efectuando un viaje al centro de la tierra, supuesto que ando sobre un suelo llano. Además me ha parecido divisar una estrella. ¡Ah, sí! ya veo otra. Lo mejor que puedo hacer es esperar que amanezca. Si veo las estrellas, es indudable que en el techo hay alguna claraboya y que cuando el sol aparezca verá más claro. Hagamos algo, pues, y esperemos.

Pero ¡cuán desmemoriado soy! ¿Qué ha sido del objeto



que se me pegó á la cola y que fui arrastrando? Ya no me molesta; probablemente se desprendería de mi cuerpo cuando caí, quedándose arriba.



Mucho tarda en amanecer; mientras tanto me confundo en conjeturas tocante al extraño acontecimiento de que soy víctima, pero nada adelanto con esto. ¿Qué ha sido de mis pobres compañeras? La cigarra habrá escapado hacia alguna de las galerías, pues está acostumbrada á tales sorpresas. ¿Y la araña? De nada le habrá servido que nosotros le salvásemos la vida. Estoy seguro de que la luciérnaga perdió la cabeza y no pensó en apagar su lamparilla, de suerte que fué la primera que cayó en las garras del topo. Aquí llegaba en mis reflexiones, cuando una voz murmuró mi nombre en mis oídos, lo cual me hizo estremecer de pies á cabeza.

—¡Ola! ¿quién vá? pregunté.

—Soy yo, la araña, vuestra compañera.

—¿La araña á quién salvé? ¡Imposible!

—¡Silencio! hablad más bajo; tal vez tenemos el topo á pocos pasos de nosotros.

—¡El topo! Me parece que debe estar bien lejos. ¿Cómo os las compusisteis para seguirme hasta este sitio?

—Después de nuestra caída no me he movido.

—¡Vaya, vaya! Yo he andado más de una hora.

—Ya lo sé: pero íbais muy despacio, y poco adelantásteis en vuestro camino.

—No os entiendo.

—Quiero decir que dábais vueltas como pollino de noria.

Entonces comprendí lo que me ocurría. Nos encontrábamos en el fondo de una excavación circular; ante mí tenía siempre un obstáculo, la pared que se veía á la izquierda... No hay duda, ¡estuve dando vueltas! ¿Es posible que semejante idea no hubiese acudido á mi mente?

—¡Insecto de mal agüero, pérfida araña! exclamé indignado: ¿desde hace una hora me veáis dar vueltas como un condenado, y nada me decíais?...

—¿Por ventura conocía yo vuestras intenciones? Después de la caída quedé como atontada; estaba débil á consecuencia de mi prolongado ayuno. Recobrados los sentidos y oyendo que dábais vueltas á mi alrededor mudo como una estatua, supuse que vuestro silencio era debido al miedo, á la conmoción... con menos es bastante para perturbar el ánimo de seres más impávidos que nosotros. ¿Quereis que os diga lo que pensé en aquel momento?

—¿Qué fué?

—Creí que os habíais vuelto...

—¿Loco?

—Acertásteis.

—¡Oh! ¡qué risa!

—No levanteis tanto la voz.

—Efectivamente, mi desenfrenada carrera debió pareceros el acto de un demente.

—Confieso que no las tenía todas conmigo. Me hacia poca gracia encontrarme á solas con un loco; por lo tanto, lanzando un hilo hasta el techo, me puse fuera de vuestro alcance, y cuando ví que os parábais y que recobrábais la perdida calma, entonces os llamé por vuestro nombre.

—¿Sabeis dónde nos encontramos?

—Sí por cierto: estamos en el fondo de un tiesto que el jardinero ha puesto aquí para aprisionar á la cigarra. Recordad lo que ésta nos relató.

—Teneis razon. ¿Cómo he podido olvidarlo?

—Estábais demasiado agitado para pensar en nada. Mientras corríais yo meditaba. Hemos caído en el lazo tendido á vuestra prima, querido.

—Siendo así estamos perdidos.

—Puede que no.

—¿Y pensáis poder salir de este sitio?

—Así lo espero; á no ser que el topo, abriéndose paso por debajo el suelo, caiga de improviso sobre nosotros; mas esto no es probable.

—¡Que Dios nos asista! Con todo, me agradaría saber cómo caísteis conmigo en el fondo de este tiesto. ¿Por ventura seguíais mis pasos?



—Mejor que eso. No fiando en mis piernas cuando la cigarra nos dijo que tomáramos las de Villadiego, me agarré á vuestra cola y vos me arrastrásteis.



SITUACION DESESPERADA.

(Véase la página 190.)

—¡Ah! ¿Érais vos que yo llevaba á remolque? Hubiera debido adivinarlo; pero en aquellos momentos era tal mi turbacion... ¡Qué lástima que el pobre Lampiro no haya tenido idéntico pensamiento!

—Lo tuve yo por él.

—¿Cómo se entiende?

—Al grito de: «¡Sálvese quien pueda!» de un salto me puse al lado de Lampiro, le agarré entre mis patas diciéndole que apagase su lamparilla, y al arrastrarme á mí habeis arrastrado asimismo á nuestro buen amigo.

—¿Tal vez se escapó en el camino?

—¡Cá! ¡Si está con nosotros! Al caer abrí instintivamente las patas, cuando vuestra cola, chocando contra el borde de la galería nos lanzaba al espacio: entrambos topamos en el techo, pero yo volví á caer; probablemente Lampiro ha encontrado algun obstáculo en el camino. A propósito; vedlo allá arriba.

—¡Cómo! ¿Aquel es Lampiro? ¡Y yo que le tomé por una estrella! Ahora sí que conozco que estaba trastornado de cascos.

—No os quepa duda, amiguito, ese es Lampiro, el cual sólo ha apagado á medias su lamparilla.

—¿Y por qué se mantiene inmóvil y mudo? ¡Ola, Lampiro!

—No griteis de este modo. Creo que está semi-desvanecido. Cuando despertó y se vió entre mis patas, sin duda cobró miedo, temeroso de que le jugase una mala pasada. Hé aquí la causa de su desmayo.

—Bueno seria acudir en su auxilio; pero ¿cómo llegar allá arriba?

—Yo subiré.

∴

En el acto comprendí que la araña iba á tender un hilo desde el suelo hasta el techo, para de esta suerte llegar á donde estaba la luciérnaga y sacarla de su incómoda postura.

Mientras subia la araña, participéla lo que me habia dicho mi prima tocante al sexo de Lampiro, rogándola que respetase su incógnito, y así me prometió hacerlo.

La oscilacion del punto luminoso que yo tomé por una estrella no tardó en indicarme que el proyecto de la araña habia sido coronado por el éxito. Fué descendiendo la luz, y ya casi en el suelo, ví á mi compañero formando una bola y sostenido por las patas de la epeira, que bajaba lentamente. Terminada la operacion, la araña empezó á restregar á la luciérnaga, invitándome á que la imitara. Lampiro estaba desmayado, pero gracias á las enérgicas fricciones que le propinamos, no tardó en volver en sí: sus primeras frases, despues de mirarnos atónito, fueron para preguntarnos dónde estaba, lo que habia sucedido y si sabíamos algo de la cigarra. El pobre nada recordaba de lo ocurrido despues de nuestra brusca partida del comedor, y era natural que así fuese: arrastrado brutalmente por la araña, el miedo habíale hecho pasar, puede decirse que sin transicion, del estado de sueño al de desmayo de que acabábamos de librarle.

Le contamos por menudo lo ocurrido, y cuando supo lo que debia á la epeira, pues con su presencia de ánimo le salvó la vida, mostrósele muy reconocido; asimismo me dió las gracias, á pesar de que en aquel caso yo sólo habia sido un agente involuntario, lo cual dejé consignado riendo y para dar á cada cual lo suyo.

—Supuesto, amigo Lampiro, que os encontrais completamente recobrado, dijo la araña, me agradaria que aumentáseis el volumen de luz de vuestra lamparilla, ya que este sitio está oscuro como boca de lobo. Así

podríamos darnos más exacta cuenta del lugar en donde nos hallamos, y convenir en los medios de salir de él.

Apresuróse la luciérnaga á complacer á su salvadora, y así pudimos pasar revista al sitio donde nos condujera la casualidad cuando apelamos á la fuga para librarnos de las garras del topo.

No se habia equivocado la araña. Estábamos en el fondo de un gran tiesto, formando el techo una porcion de césped sostenido por algunos fragmentos de ramas y raíces: en una de aquellas ramas se habia enganchado la luciérnaga. En el borde superior veíase una abertura redonda, ó sea la desembocadura de la galería que conducia al domicilio de la cigarra. En frente otra abertura parecida representaba la continuacion de dicha galería, interrumpida por el vacío que la cavidad del tiesto formaba.

No podia estar mejor combinado el lazo, y la prueba es que nosotros habíamos caído en él. Imposible decir por cuál de los dos orificios me colé hasta allí, pues estaba completamente desorientado.

—Por ahí habeis entrado, me dijo la araña, dándose cuenta, gracias á la direccion de mis miradas, de lo que yo pensaba.

—¿Y cómo lo sabeis?

—Fácilmente. Fijaos en el hilo que tendí y ved dónde fuí á buscar á Lampiro: estaba colgado encima del travesaño que cae hácia dentro, de suerte que para ir á parar á aquel sitio, por fuerza tuvo que ser lanzado del punto que tenemos en frente. Lanzado en sentido contrario hubiese quedado colgado del otro extremo del travesaño.

—Teneis razon.

No pude ménos de admirar la sagacidad de nuestra compañera, y desde entónces fié en su inventiva para salir de la desagradable situacion en que estábamos metidos.

Traducido del francés por
MARIANO BLANCH.

(Continuad.)

EL ARTE EN LA CASA,

POR

D. F. MIQUEL Y BADÍA.

LA DECORACION.—EL ELEMENTO GEOMÉTRICO.

Antes de entrar en el exámen de las varias dependencias de una casa, para ir aplicando á cada una de ellas el criterio general que hemos expuesto en los artículos anteriores, introduccion ó proemio del trabajo que hemos pensado llevar á cabo Dios mediante, nos parece oportuno y hasta necesario apuntar algunas ligeras ideas sobre la *Ornamentacion* ó arte decorativo, para cuyo objeto pondremos á contribucion diversos autores y entre ellos los modernos Carlos Blanc, Owen Jones, Ruprich-Rober y otros que han escrito con singular tino acerca del asunto.

Donde quiera que asoma un pueblo con señales propias, alza tambien su cabeza el arte de la ornamentacion. «Desde el sencillo bordado de lana puesto sobre la piel de macho cabrió al chal del Tibet, desde el grabado indeciso de las piedras del *pelvan* á los esplendores de la Alhambra, todo lleva, dice un autor contemporáneo, el sello marcado de la imaginacion del hombre. El salvaje se pinta los pómulos y por tal medio acentúa las facciones del rostro; el pastor corta y adorna con el cuchillo la corteza de su cayado; la antigüedad esculpe en los sillares del altar del sacrificio las cabezas de sus víctimas y funde el oro y la plata segun la imagen de

sus dioses. Dante tras de la muerte de Beatriz, dibuja un ángel «pensando en ella» y probando de apoderarse de la realidad perdida; por fin la Edad Media traza, valiéndose de la pintura y de la escultura, la historia de Aquel que en su sabiduría ha creado y ordenado sus obras desde el comienzo de los siglos y las ha adornado para siempre jamás. Van innatos con el hombre el deseo de fijar las imágenes y la necesidad de la ornamentación.»

Si analizamos los tipos de ornamentación principales que nos ofrece la historia del Arte, hallaremos de una manera evidente que sus temas han sido inspirados en la flora y en la fauna de los respectivos países. No se tome, empero, esta aserción de un modo absoluto. En efecto, á poco que se conozcan algunos estilos decorativos se advertirá que frecuentemente antenas muy vistosas no han sido sacados de la flora ni de la fauna, por lo ménos no arrancan de ellas directamente aun cuando en sus principios generadores obedezcan leyes iguales á las que el sabio descubre en los maravillosos ejemplares de los reinos vegetal y animal. Adviértese muchas veces una simplicidad en los motivos de ornamentación que cae bajo el dominio de la geometría, como acontece verbi-gracia en los meandros griegos y en los temas á su semejanza compuestos en la antigüedad y en la Edad Media. Suelen tener estos temas una severidad y un carácter decorativo por extremo admirables, circunstancia que fuerza á estudiarlos atentamente y á pensar en la razón del indicado efecto. Ésta es óbvia, y no se oculta á quien se halle dotado de mediano criterio.

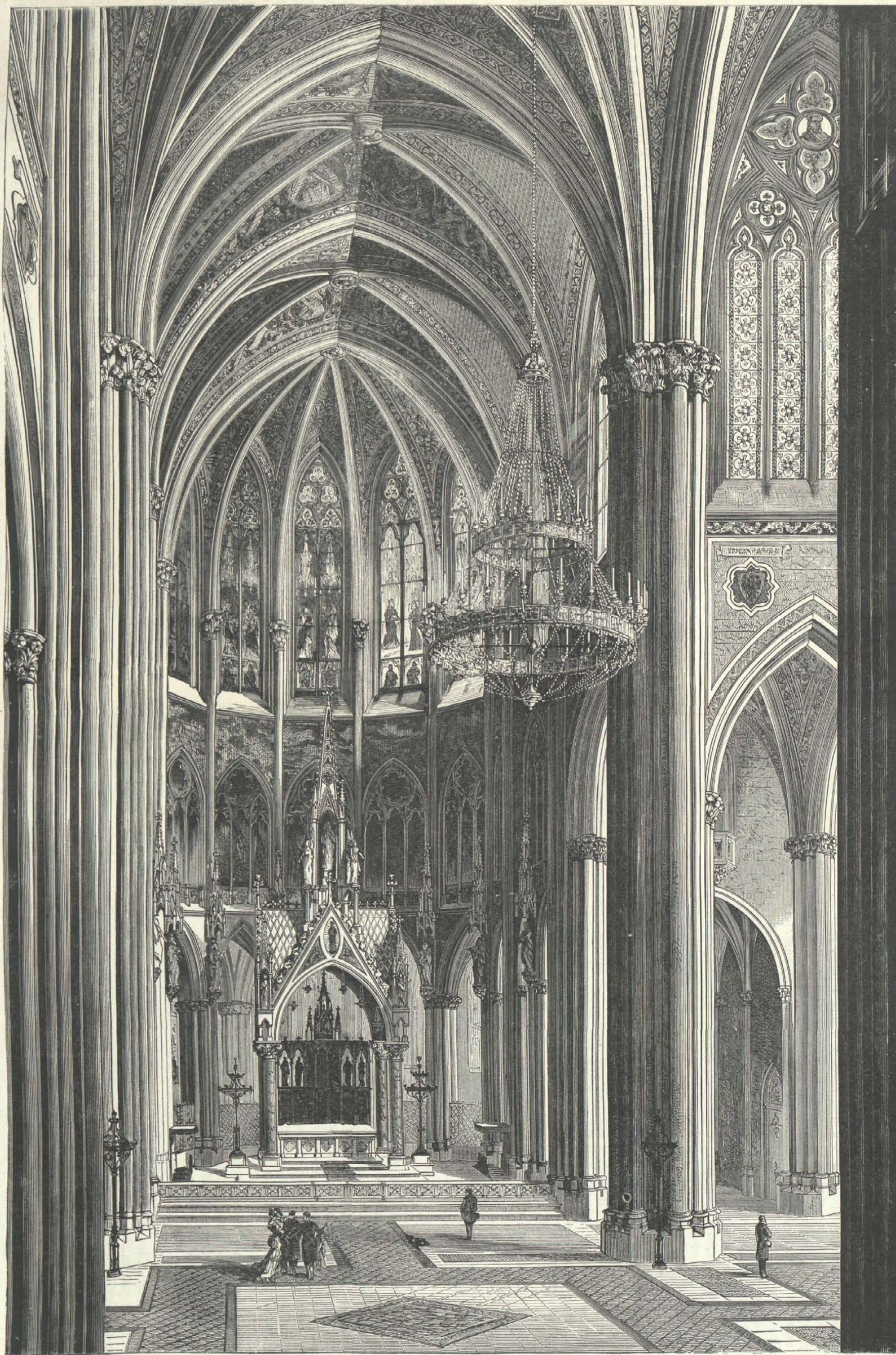
El arte ornamental es una hijuela de la Arquitectura. La decoración, como ya lo hemos apuntado anteriormente, no es otra cosa más que el arte de enriquecer las superficies, bien sean de la piedra, de la madera, del metal ó de las telas, por medio de vistosos trabajos debidos á la imaginación y á la diestra mano del hombre. Esto viene á ser la decoración en el sentido limitado en que suele tomarse la palabra, ya que abarcándola en un concepto más general y levantado acaso, debería de comprenderse en ella el mismo arte de proyectar y construir un edificio, puesto que para la ornamentación, para el decoro, para la belleza del conjunto de él y de sus partes no son precisos en muchas ocasiones más adornos que los que naturalmente resultan de las líneas majestuosas ó elegantes, severas ó esbeltas, movidas ó tranquilas, pero siempre felices y bien halladas, de las hiladas de sillares, de las bóvedas trazadas con mano certera, de las vigas echadas cual lo demandan las leyes de la estática y del buen gusto, de la realización, en una palabra, de los principios cardinales del Arte por antonomasia, del Arte generador é inspirador de sus hermanas menores, del arte arquitectónico de quien reciben vida y fisonomía la Pintura, la Escultura y las demás artes é industrias, cuyo fin más ó ménos claro es realizar la belleza empleando los recursos que la Providencia ha colocado bajo el dominio del hombre. Es positivo, con todo, es un hecho que no es preciso justificar, que en el día el arte de la ornamentación ó el arte decorativo forma una hijuela importantísima en el reino de las Artes Bellas, y partiendo de este hecho vamos á hablar de él á los lectores de EL MUNDO ILUSTRADO, recordándoles, ya que no enseñándoles, cuatro nociones comunes sobre la decoración, cuatro nociones que al formularse parecen, y acaso sean en realidad verdades de Pero-Grullo, nociones axiomáticas en su mayoría y que por lo tanto se imponen á la mente con la misma fuerza con que se impone el enunciado: dos cosas iguales á una tercera, son iguales entre sí; nociones sin embargo que tal vez por su misma sencillez y notoriedad se olvidan con frecuencia, siendo este olvido causa de los enormes disparates que la crítica

ha de censurar de continuo en objetos cuyo mérito técnico y primor en el labrado son por otra parte verdaderamente admirables.

Hemos dicho que los elementos geométricos tenían grandísima importancia en la decoración, y esta idea la iremos desarrollando en artículos venideros. Anticipándonos á los conceptos que para llevarlo á cabo habremos de exponer, permítasenos ahora llamar ya la atención de nuestros benévolos leyentes sobre el papel que la geometría representa en los estilos decorativos más célebres y celebrados. No hablaremos de los varios antenas griegos que, como los meandros, se señalan por esta regularidad y precisión de líneas y por la ausencia de imitación directa de objetos del mundo animal y vegetal; tampoco haremos hincapié en los alicatados moriscos y en los frisos ó plafones de exornación persa y árabe, en los cuales domina exclusivamente la sencilla combinación de dibujos geométricos, animados por armoniosos colores; ya que en unos y en otros se ofrece con evidencia el predominio del elemento geométrico, así como se señala con elocuencia el resultado del efecto de placidez y grato embeleso que producen en el ánimo de quien los contempla. La repetición igual de un motivo idéntico, la combinación alternada de dos distintos, el contraste entre ellos, etc., etc., son condiciones que acrecientan ó constituyen su belleza, como lo veremos asimismo, en otros artículos. Para hacer notar en cuanto grado influye el predominio marcado del elemento geométrico en el hermoso aspecto, en el carácter decorativo de un muro, de un mueble, de un tapiz, tomaremos como al acaso dos ejemplos sacados de la ornamentación egipcia y del arte decorativo de la Persia.

Hemos dicho que todos los pueblos se habían inspirado en su flora, para enriquecer los objetos todos que necesita el hombre para las necesidades de su existencia. El pueblo egipcio no debía ser una excepción de la regla y no lo fué en efecto. En sus edificios, en las armas, utensilios, trajes, etc., emplea el *lotus*, loto ó *nymphaea cerulea* que crece en el Nilo, siendo este motivo la característica de su estilo decorativo. El *lotus* y el *papyrus* también, símbolos del alimento del cuerpo y del espíritu, dieron origen á una infinidad de variados dibujos, en los que se conserva siempre la base de partida, las líneas fundamentales de ambas plantas. Pero, observa con gran discreción mister Owen Jones, «el *lotus* tallado en la piedra y que formaba el gracioso coronamiento de una columna, ó pintado en el muro como ofrenda hecha á los dioses, no era nunca un *lotus* igual al que se podía arrancar del suelo, sino una representación arquitectónica de la planta, representación admirablemente adecuada en ambos casos, al fin que se deseaba alcanzar; puesto que sin ofender al sentimiento estético, se parecía lo bastante á la planta tomada por tipo, para despertar en cuantos la contemplaban la idea práctica que había de hacer brotar en sus inteligencias.»

Por modo idéntico proceden los persas en los mejores tiempos de su arte. En los famosos tapices, tejidos y bordados en aquellas comarcas por manos femeninas que parecen serlo de hadas y otros seres maravillosos, el principio geométrico reina siempre con dominio absoluto trasformando bajo el poder de su fuerza las hojas, las flores, los pájaros y hasta las figuras mismas del león, del tigre y de otros cuadrúpedos. Las hojas y las flores conservan en los tapices la asombrosa galanura de sus líneas, mas pierden la variedad infinita de la naturaleza: sujetas á la forma tipo cobran un aire severo y grandioso; combinadas todas se fundan en un armonioso ritmo, si así podemos expresarnos, obra del ingenio humano, obra de la inspiración artística, que avasalla



VIENA. — Interior de la iglesia votiva.

(Véase la página 191).

la naturaleza y conmueve al corazón como los avasallan y conmueven siempre las producciones en que el hombre deja ver algo de ese *quid divinum*, del celestial destello que el Todopoderoso le infundió al crearle. Si un tapiz persa fuese una reproducción exacta engañadora, de festones, de plantas y hojas tales como se cortan en un jardín, ¡adios encanto y fascinación de la vista! ¡adios aspecto decorativo, admiración del artista y del hombre de buen gusto! ¿Qué papel harían paños de esta última clase colgados como arameles en las lujosas estancias del Oriente? ¿Serían ornamento apropiado de sus muros, paramentos lisos en muchísimos casos? No por cierto. Los tapices persas, de mayor carácter, pendientes de las paredes de un salón ó camarín, los enriquecen sin desfigurarlos, los magnifican sin destruir la idea de su consistencia y solidez. ¿Puede imaginarse cosa más ridícula que la pretensión de querer representar una pared ó paredes—sobre las que se apoyan elevadas bóvedas en alfarjía ó estalactita—formadas todas por entrelazos de flores y plantas, frágiles en grado superlativo, dibujadas y pintadas por tal arte que el ojo las tome por reales y verdaderas? ¿No es más discreta cosa sacar partido de todas las excelencias de estos objetos naturales, agruparlas y combinarlas hábilmente, consiguiendo así que recuerden al espectador sus maravillosos primores, sus imponderables bellezas, sin destruir en su ánimo la idea de paramento sólido, de robusto cuerpo sustentante, hermosamente ataviado con todos aquellos elementos de embeleso para la vista y de enseñanza para la inteligencia?

(Continuará).

F. MIQUEL Y BADÍA.

SITUACION DESESPERADA.

(Véase el grabado de la página 185).

Inmensos vapores arrastrados por furioso huracán, se han cernido por espacio de muchas horas á corta distancia del suelo. Revueltos en espantoso torbellino, corriendo con vertiginoso empuje unos en pos de otros, llevados por el alito de la tempestad, se han ido amontonando hasta que, aprisionados entre poderosas fuerzas naturales, roto el equilibrio que los sostenía y obedeciendo á las leyes de la gravedad, se han precipitado sobre la tierra inundándola casi enteramente. Caudalosos torrentes se han formado de repente, los ríos han salido de madre y los robustos muros y profundos y anchos cauces que hasta entonces habían contenido las aguas, no han bastado para reprimir su invasión. Los campos transformados en vastos mares, presentan por do quiera el aspecto de prolongados archipiélagos, en los cuales apenas quedan restos de su pasada vegetación. Sólo de vez en cuando, merced á las desigualdades ó proeminencias del suelo, aparecen en aquel cuadro de desolación algunos islotes ó lenguas de tierra en descubierta, que sirven de base ó apoyo á los más robustos vegetales; los demás ó han sido arrastrados por la impetuosa corriente ó han quedado sumergidos bajo espesas capas de limo y arena.

Todos los seres que han quedado con vida, que han podido volar ó han tenido fuerzas para nadar han desaparecido, buscando fuera de la zona de la inundación un lugar de refugio ó de descanso. Algunos pocos, faltos absolutamente de estos medios de salvación, en situación tan desesperada, la han buscado y hallado momentáneamente en alguna peña saliente á flor de agua ó en lo más alto de un árbol que por su posición ó fuerte

arraigo, ha podido resistir al violento empuje de las aguas. Verdaderos oasis en aquel triste desierto de aguas tumultuosas ó estancadas en donde la muerte pasea sus despojos; providenciales asilos que el Hacedor ha ofrecido á los más débiles en tan apurado trance.

Entre estos seres que podremos llamar afortunados, la casualidad sin duda ha colocado á muy corta distancia, pero la suficiente para no poder dañarse, esto es, enteramente aislados, el uno apoyado en el tronco de un árbol y el otro sentado en el remate de acantilada peña, á una zorra y á una liebre, esto es, á dos animales, enemigos por naturaleza el uno del otro, representante el primero de la fuerza y la astucia y de la debilidad y timidez el otro. Carnicera é insaciable la zorra, roedora y frugal la liebre; con guerra abierta la primera á la segunda; anhelante de su sangre y con voraz apetito de su sabrosa carne, imagine el lector cuál ha de ser el estado de agitación y frenesí del natural enemigo del roedor, tal vez en un estado hambriento, en presencia de una presa tan ardientemente codiciada; y cuál también el terror de la liebre tan cerca de su despiadado perseguidor.

El hábil artista que tan acertadamente ha trazado el bello cuadro que ofrecemos á nuestros lectores, nos presenta á ambos animales, en una situación tan apurada, en una posición tan intencionada como admirable. Véase sino el descanso aparente de uno y otro, su fingido ademán de tranquilidad, su marcado aspecto de indiferencia, su inmovilidad relativa, y sobre todo su mirada tan expresiva como burlona que revela sus instintos reprimidos en el apurado estado en que se hallan. ¿Cuál será el desenlace de esta escena inesperada? Lo ignoramos, y muy difícil por no decir imposible, es preverlo; porque así como confiamos mucho en la ligereza de piernas de uno, para poder salvarse, es de creer que cuando llegue el momento oportuno, esto es, en el descenso de las aguas, la astucia y sagacidad del otro, aguzadas indudablemente por el hambre, son capaces de obrar maravillas.—S.

AURORA.

CUADRO DE JUAN LUIS HAMON.

(Véase el grabado de la página 177).

La joven Aurora, madre del rocío, cuyas resplandecientes perlas brillan por entre su undosa cabellera y refrescan las temblorosas hojas de las tiernas bigordas que descuellan alrededor del semi-dormido rosal, sube hacia los cielos cubierta con ligero y trasparente traje.

Ved cuán hermosa es la divina encarnación de la madrugada, la hermana de Helios (el sol) y de Selene (la luna). Montada en un carro arrastrado por briosos caballos, con una antorcha en la mano, precede al astro del día, y con sus rosados dedos acaba de levantar el velo de la noche. La encantadora diosa acerca á sus labios el cáliz de una flor llena de plateadas gotas de rocío.

Este cuadro, al que dan tanto realce el encanto de la poesía y los vivos colores del sol naciente, produce una impresión deliciosa en el ánimo del espectador. Su inspirado autor, Juan Luis Hamon, es un artista francés de la escuela de Pablo Delaroche y C. Gleyre. Suyas son también las lindas composiciones *La florista romana* y *El sueño*, cuya elegante y verdaderamente poética ejecución valió años atrás los aplausos de los artistas y de los aficionados al arte pictórico.—Z.

MONUMENTOS DE VIENA.

LA IGLESIA VOTIVA.

(Véanse los grabados de las páginas 180, 181, 188 y 189).

El 18 febrero de 1853, un fanático, el húngaro Libeny, dependiente de un sastre, intentó asesinar al joven emperador de Austria Francisco José, mientras paseaba con su ayudante de campo el conde O'Donnell, por el baluarte de la puerta de Carintia. Una mujer del pueblo (que permaneció desconocida como aquel que salvó al emperador Maximiliano en la muralla de San Martino), vió al regicida levantar por detrás el arma fatal contra el monarca, y lanzando un grito de terror, Francisco José volvió la cabeza. Esta circunstancia hizo desviar el golpe, y afortunadamente el puñal rasgó las vértebras y no las partes blandas del cuello. El conde O'Donnell y el ciudadano Ettenreich se apoderaron del asesino, que se defendía con desesperación y pagó su crimen en la horca. El emperador regresó á pié pero desangrándose, al palacio imperial, que estaba cerca. Al principio aquella dolorosa herida inspiró serios temores, pero en pocas semanas curó perfectamente el real enfermo.

El terror que semejante atentado produjo fué mitigado por el regocijo de la salvación del emperador. El archiduque Maximiliano, que más tarde murió trágicamente siendo emperador de Méjico, para expresar de un modo duradero el agradecimiento general, hizo un entusiasta llamamiento á fin de llevar á cabo el proyecto de la fundación de una iglesia que debía erigirse con las ofrendas de todos los pueblos de Austria. Éstas llegaban en abundancia, y tres años después fué colocada la primera piedra de la iglesia votiva, delante de la puerta entonces nombrada de los Escoceses. Entre 75 proyectos ofrecidos al concurso escogióse el del arquitecto Enrique Ferstel, de Viena, que á la sazón sólo contaba 27 años de edad. Los trabajos de construcción han durado 22 años, siempre bajo la dirección de este maestro. El proyecto de Ferstel fué ejecutado en lo principal; pero la altísima cúpula octógona, que debía erigirse sobre el crucero, fué, por razón de economía, reemplazada por un elegante ornamento que atraviesa el tejado, mientras las cuatro capillas poligonales, que en los cuatro ángulos parecen deslizarse entre la construcción prolongada y la transversal, fueron añadidas después al plan general.

La iglesia del Salvador (este es el nombre del templo votivo), es una construcción cuadrilonga, compuesta de tres naves, de 83 metros de largo y 30 de ancho comprendiendo las capillas laterales. La nave principal tiene 28 metros de alto y 11 de ancho, y está atravesada por otra transversal de 47'50 metros de largo. La impresión producida por el aspecto general no procede tanto de sus grandes proporciones cuanto de la inteligencia del arquitecto en ensanchar y multiplicar los espacios por medio de combinaciones interesantes. En la nave prolongada este efecto es producido por el alejamiento de las murallas laterales, dejando un hueco para dos hileras de capillas, mientras que la nave transversal, con las cuatro capillas de los ángulos, aparenta casi ser un edificio de tres naves. Semejantes espacios poligonales forman detrás del deambulatorio una corona de capillas. Cerca de las últimas hay á la izquierda la sacristía, á la derecha la escalera por la cual se sube al oratorio. Sobre la fachada, que tiene tres puertas, se elevan dos torres de 94 metros de alto, las cuales se dibujan en el cielo con deslumbrante blancura.

El archiduque Maximiliano, muy inteligente en bellas artes, quiso que fuese edificada la iglesia votiva en el estilo gótico. El dibujo de Ferstel tiene en general este carácter, que reina en las catedrales del Norte de Francia construidas á principios del siglo XIII, pero carece de los ornatos pueriles de aquel tiempo y también de la sobrada riqueza de formas de épocas menos lejanas. Los contrafuertes y los apoyos están expresados con despejo en la distribución de la fachada y de las alas laterales, mientras que la forma gótica francesa cargada de ornatos, los oculta bajo adornos extravagantes. La nave principal, sobre todo, tiene más gravedad; á pesar de ello, la fachada no carece de ornamentos que tienen sus raíces en el buen estilo gótico. Las tres puertas y la galería que está sobre ellas, atravesada en línea diagonal, vense adornadas de estatuas. La puerta central llega hasta el ventanal circular, sobre el cual se adelanta el coronamiento entrecortado. No se nota tanto la gravedad del estilo gótico en las fachadas de la nave transversal. Allí no se ve más que una sola ventana gigantesca, desarrollada con extremada elegancia, flanqueada de torrecillas taladradas y adornada de un coronamiento no menos elegante.

Por lo anteriormente descrito sólo puede formarse una idea general de las dimensiones y de la distribución del edificio, pero no de la impresión que produce en el espectador. El transeunte, por distraído que esté, no puede menos de fijar atónito los ojos en aquel «poema de piedra,» y el artista descubre en él siempre nuevas bellezas. El interior, si cabe, sobrepuja en esplendor al exterior. No infunde un terror religioso, como las cúpulas de los primeros siglos de la Edad Media. La luz, rota en mil colores, aclara sin pobreza los espacios de la iglesia, sin verse semi-apagada por un velo misterioso. Un no sé qué de alegría se apodera allí del alma y la eleva á más sublimes moradas. Cuesta mucho arrancarse á ese dulce encanto para examinar los detalles.

Pero la contemplación de éstos, lejos de destruir esa impresión verdaderamente pia, la acrecienta y vuelve más profunda con mil nuevos impulsos.

¡Cuán frío, desnudo y vacío parecería el interior de la iglesia votiva, á pesar de los vidrios de variados colores, gracias á la blancura deslumbrante de las paredes y de las columnas, que no mitigó todavía el polvo de los siglos, si no fuese calentado y vivificado todo por el color! En esto la policromía alcanza un nuevo triunfo en el estilo gótico. En las partes inferiores domina todavía el color de la piedra, pero algo oscurecido, mientras las bóvedas están cubiertas de ornamentos geométricos y de plantas correspondientes á símbolos cristianos, sobre fondo pardo ó azul. En los compartimientos principales y en el coro, hay pinturas al fresco sacadas de la historia sagrada. En la nave principal se ve á Dios Padre, la genealogía de Jesús en varios compartimientos, á la Madre de Dios y al Salvador; en la nave transversal y en el coro hay pintados varios santos, obra todo esto de Francisco Jobst. Laufberger pintó en la bóveda del crucero los cuatro Evangelistas, que con los ángeles adoran al divino Cordero. En los compartimientos de la pared del coro figuran siete cuadros de Führich (su última obra), representando asuntos de la historia de Noé. Hay también los cuatro elementos y los cuatro animales simbólicos, por Jobst. Los ángulos de las naves están adornados con las armas de las provincias austriacas, para significar que el edificio se ha hecho á expensas de todos los pueblos del imperio. En fin, Jobst pintó en derredor del coro las tres fiestas principales: Navidad, Pascua y Pentecostés. La plástica no contribuyó menos que la pintura al ornamento de esta iglesia, como se

echa de ver fijándose en la fachada. En el atrio y en las capillas hay 33 estatuas de Erler, Purkartshofer, Zafouk, Gastlunger, Becher, Glieber y Fessler. La estatua del ángel á la entrada (en el interior) de la puerta principal, de grandísimas dimensiones, es obra de Oberecker. La capilla del ángulo, á la derecha, encierra la primera tumba de la iglesia, la majestuosa sepultura que Carlos y Fernando I erigieron al conde Nicolás Salm, el cual con tanto esfuerzo amparó á Viena contra las hordas de Soliman II. Aquella tumba estaba primero en la iglesia de Santa Dorotea, de la misma Viena; después fué trasladada al palacio Raitz, en Brünn, y por último, á la iglesia votiva, donde probablemente las cenizas del conde descansarán perpetuamente.

El altar mayor tiene un baldaquino montado sobre cuatro columnas de granito rojo (piedra de Istria), formado por un doble chapitel muy elevado. El punto de enlace termina con un grandioso adorno.

El conjunto está adornado con la figura del Salvador, la cual mide seis piés, con varias pequeñas estatuas de cobre (galvanoplastia), con unas figuras pintadas por Laufberger y con cuatro mosaicos de vidrio en el remate; la estatua del Salvador es regalo de Pio IX. Bajo el dosel se halla el altar, de mármol blanco como la nieve, sostenido por seis esbeltas columnas de mármol egipcio amarillo. El soberbio retablo, que mide 4'39 metros de alto, adornado de columnas, resplandecientes de esmaltes y taracea, es una obra maestra de Brix y otros artistas. Justo es señalar entre los demás altares, de materiales semejantes, pero menos ricos, el que hicieron edificar once archiduquesas, con ocasion de las bodas de plata de los emperadores de Austria. En la última abertura del arco, á la izquierda, hay el púlpito, el cual, así como la escalera, son de los mismos materiales que los altares. La pila, de mármol egipcio, es una obra magnífica. Las rejas, trabajadas esmeradamente, el herraje de las puertas y demás objetos análogos, salieron de los talleres de Wilhelm, Milde y Gridl. Las arañas de latón y los candelabros para gas son obras maestras de Hollenbach y Hanusch, y también casi todos los objetos litúrgicos del altar. El magnífico órgano, con caja dorada, es de Walker, de Ludwigsburg. El pavimento, que mide 2000 metros cuadrados, es de arcilla y fué fabricado en Viena. El ornato principal interior constitúyenlo 78 ventanas de diferentes tamaños, pintadas casi todas con figuras, según los dibujos de once artistas austriacos, entre los cuales citaremos á Führich, á Steinle, á Laufberger, á Jobst y á Trenkwald. La ejecución técnica es debida á Geyling, de Viena, á Neuhauser, de Innsbruck, y á Kratmann, de Pesth. Estas ventanas, que costaron 600,000 marcos (1), fueron costeadas por la familia imperial, la alta aristocracia, el clero, las grandes corporaciones, las ciudades y algunos particulares acaudalados. Una ventana de una de las capillas del coro es ofrenda de las oficiales de las fábricas imperiales de tabacos. Los asuntos principales de la historia de las iglesias de las comarcas imperiales, están perpetuados en doce ventanas grandes y trece más pequeñas.

La fábrica de la iglesia costó 8 millones de marcos, y la ciudad contribuyó con 1.600,000 marcos de los fondos para el ensanche. Hay que añadir á estas sumas ofrendas de toda clase, tales como campanas, altares, casullas, pendones, servicios de altar, cuadros, materiales, útiles y trabajos gratuitos. La iglesia votiva está rodeada

por tres de sus lados de casas edificadas según el mismo plan, estilo alemán del Renacimiento, con alamedas, y por lo tanto encajada en un marco armónico. En frente de la fachada hay jardines, donde con el tiempo se erigirá el monumento de Tegetthoff, por Kudmann.

El día 24 de abril, fiesta de las bodas de plata de los monarcas austriacos, fué consagrada esta magnífica iglesia por el cardenal príncipe arzobispo Kutschker, en presencia del episcopado austriaco. El emperador, con su esposa, oyó la primera misa después de la consagración.

Sin duda en aquellos momentos muy tristes pensamientos asaltarían la mente y embargarían el ánimo del soberano de Austria-Hungría, ya que no podía menos de recordar el atentado de que fué víctima y la triste muerte de su hermano Maximiliano; empero aquellos recuerdos desaparecerían ante el espectáculo que contemplaban sus ojos y la alegría de ver terminado el monumento que atestiguará á las futuras generaciones el asombroso adelanto que bajo el reinado de Francisco José I alcanzó el arte en la nación que le confiara sus destinos.—H.

A LA SEÑORA

de mi amigo el general Caballero de Rodas.

EN SU ALBUM.

Con placer hablo contigo
yo que en mi vida te he hablado,
que eres amparo y abrigo
y depósito sagrado
de la dicha de un amigo.
Dueña de su fe segura
y árbitra á un tiempo te ves
de su gozo ó su amargura,
que él no tendrá más ventura
que aquella que tú le des.

Aunque Marte galardone
su esfuerzo nunca domado,
y cien veces le corone,
y en los negocios de Estado
consiga lo que ambicione;
y aunque atenta á su interés
siempre constante y segura
fortuna bese sus piés,
él no tendrá más ventura
que aquella que tú le des.

La mujer nuestra existencia
condena á dolor profundo
ó á perpétua complacencia,
y no hay poder en el mundo
que revoque la sentencia.
El adora tu hermosura,
indisoluble el lazo es
que formó vuestra ternura:
ya no tendrá más ventura
que aquella que tú le des.

Como al sol por sus reflejos
logramos adivinar,
y por su aroma al azahar,
y el grave son desde lejos
anuncia cercano el mar,
yo adivino tu alma pura
en la apacible quietud
del hombre que amor te jura,
y contemplo en su ventura
resplandecer tu virtud.

ADELARDO LOPEZ DE AYALA.

(1) El marco equivale á unos 5 reales de nuestra moneda.







M. Pazdas, lit.

LA EXPLICACION — Cópia de un cuadro de E. Estévan.

